



LA MOGOLIA Y LOS MOGOLES. (1)

Bajo el punto de vista etnográfico, se puede dividir el Asia en cuatro partes. Al Norte, la raza ugriana ó rama boreal del tronco mogol, representada por los Somoidos. En China la raza sinica, rama mogólica del tronco amarillo, representada por los chinos, cochinchinos, simeses, birmanes y thibetinos. En la India, además del elemento sinico al Este, la raza ariana hácia el Oeste, representada por los indios. En el Asia interior, los semitas y los arianos. Estas dos grandes familias, que representan la raza caucasiana, son originarias del Asia. A la primera han pertenecido los imperios de Asiria, de los Hebreos, de los Fenicios. A la segunda pertenecen los conquistadores que sometieron la raza amarilla en la India: los Medas, los Persas, los Lidienses.

Pero la raza amarilla es la que puebla en mayoría el Asia. Los Mogoles corresponden directamente á la rama ugriana. Toda la region que ocupan está llena de recuerdos de la antigüedad. Allí tuvieron lugar las luchas de Ciro y Darío contra los Escitas; y de allí salieron las hordas guerreras arrastradas por los Gengis-Khan y otros conquistadores.

El mogol que vamos á estudiar etnográficamente lo elegiremos entre los khalkas, que es donde se encuentra el tipo más puro. Tiene la cara larga y aplastada, la nariz ancha, los ojos pequeños, las orejas abultadas, los cabellos ásperos y negros, poca barba y la tez marchita; el cuerpo bien musculado y de estatura más bien alta que baja.

Este tipo no es el que se halla en las fronteras. Las líneas se borran ó se atenúan por consecuencia de los cruzamientos de familias; no hay rasgos característicos. Esto se observa mejor en la frontera de China, en la que el mogol se convierte poco á poco en chino, no solamente bajo el punto de vista físico y antropológico, sino también bajo el punto de vista moral. Cambia de sentimientos y de costumbres al cambiar de cara; contrae el odio de sus antiguos compatriotas; los detesta más aún que los chinos. Pierde las cualidades que podría tener, sin adquirir

(1) Estudio basado en una importante obra del coronel ruso Prejevalsky, que en 1871 fué comisionado por su gobierno para explorar la Mogolia; en cuyo libro se dan interesantes detalles del pueblo mogol, de las producciones de la China occidental y del probable porvenir de aquella region.

por eso las de los chinos; conserva sus vicios propios, sin que esto le impida adoptar los de sus antiguos enemigos. Por esto, sin duda, dice el coronel Prejevalsky que un mogol convertido en chino es peor que un mogol que permanece fiel á su nacionalidad. La influencia china es, pues, desastrosa para el mogol.

Se afeitan el cabello, pero se dejan la cola china; es una señal de sumision á la dinastía reinante, que conquistó la China á mediados del siglo XVII. El traje consiste en una larga bata, botas chinas y un ancho sombrero de alas remangadas. En general, nada de ropa blanca á raíz del cuerpo. Durante el estío, bata de seda, ceñida con una faja ó cinturón, en el que llevan la pipa y el tabaco. Las mujeres visten con alguna diferencia, y usan camisas sin mangas. Se trenzan los cabellos y los adornan con broches de plata, lazos, corales y perlas de cristal; llevan pendientes y brazaletes (1).

El mogol habita en casas de forma particular llamadas *yurtas*. Son edificios circulares, de poca altura, que nunca tienen más de un piso, y cuyas dos únicas aberturas son una pequeña puerta y un agujero, en medio del techo, que sirve á la vez de ventana y de chimenea. En invierno se preserva del frío encendiendo lumbre, y en verano se ve eficazmente protegido contra los rayos del sol y contra la lluvia, que en ciertas regiones cae con increíble abundancia, por un fieltro espeso y bien ajustado que cubre el techo. El diámetro de esas *yurtas* es de doce á quince piés; la altura, en el centro, de diez piés próximamente. En las más ricas, las paredes se cubren por dentro de seda y tapices; algunas de ellas se encuentran entarimadas. El lado izquierdo de la yurta se reserva á los hombres y á los invitados; el derecho á las mujeres. En el departamento destinado á los hombres, hay un armario que contiene el altar de Buda. Un pequeño diván, varios cuernos de chivo, trozos de carne y algunas armas completan el mobiliario de

(1) Las mujeres del Thibet tienen la costumbre de embadurnarse el rostro con zumo de fresas y de uvas. Esta costumbre data de tan léjos, que un monje, enviado por San Luis en 1242, la halló ya establecida. Parece que en cierta época fué tan grande la inmoralidad, que un rey se vió obligado, para reprimir los abusos, á dar órden á sus vasallos de que se pintarrajearan así el rostro. El rey pasó, pero la costumbre sigue... y los abusos también. Lo que prueba que la hermosura es cosa relativa y que los Thibetinos no son descontentadizos.

una yurta. El olor que suele haber en ella no tiene nada de agradable. Semejantes viviendas ofrecen la ventaja de que pueden ser rápidamente edificadas y demolidas.

El mogol es notablemente desaseado; los mismos chinos, que dejan mucho que desear en cuanto á limpieza, se sorprenden de ello; dan á sus vecinos el nombre *Tsav-Ta-Dze* (Tártaros hediondos). «El mogol no se lava el cuerpo jamás, y rara vez la cara y las manos.» Por consecuencia de tan constante suciedad, su ropa se halla plagada de parásitos que él se entretiene en matar con la mayor naturalidad del mundo. «No es raro ver á un mogol, aunque sea un funcionario ó un lama de elevado rango, en un gran círculo de amigos, entreabrir su piel de oveja ó kaftan para atrapar algun insecto agresivo y darle muerte al instante.»

El coronel Prejevalsky debe saber algo de esto; porque todas las tardes, despues de comer, se entregaba su guía á semejante caza, si bien él no era ni lama ni funcionario.

Algunos lamas, segun parece, se limitan á arrojar léjos de sí los parásitos, por no exponerse á un homicidio posible en virtud de la metempsicosis: tales escrúpulos pueden parecer inoportunos á las naciones civilizadas, mas no por eso son ménos reales.

A propósito de esto, la leyenda ofrece una anécdota bastante curiosa respecto á Tsong-Kaba, el reformador de que hablaremos más adelante. Un dia que discutía en público con un adversario de sus reformas religiosas, y que éste se complacia en citar las numerosas ventajas de la religion antigua y tradicional, le interrumpió Tsong-Kaba súbitamente, exclamando: «Cruel, suelta ese piojo que re-tuerces entre tus dedos; desde aquí oigo sus gemidos, y tengo el corazon traspasado de dolor.» El adversario, que aún discutiendo graves cuestiones de la religion, no se olvidaba de ciertas ocupaciones íntimas, y se habia entregado en efecto á su caza habitual, quedó estupefacto al oír aquella exclamacion. Vió en ella una prueba de la superioridad de Tsong-Kaba, y se arrojó á sus piés proclamándose su discípulo. Tanto desaseo consiste en la extrema repugnancia que manifiesta el mogol al contacto de la humedad. Se parece en esto al camello; uno y otro tienen profundo horror al agua. Ni aún beberla pura le agrada. No bebe más que té, del que toma al dia de quince á veinte tazas. Cada individuo tiene su taza, de adornos más ó ménos ricos, pero que no se lava nunca, á no ser lamiendo las paredes y el fondo despues de servirse de ella. El agua que emplea para hacer el té es salada. No tiene hora fija para comer; come cuando tiene hambre. Aunque el té y el lacticio constituyen una parte importante de la alimentacion del mogol, tambien come carne; sobre todo la de carnero, que es por él

considerada como el *non plus ultra* del buen alimento. «Bueno como de carnero,» es un proverbio corriente. Los viajeros reconocen, sin embargo, que el carnero mogol es de excelente calidad, merced á los pastos que allí tiene. La parte preferida es la cola, por la grasa; pero todo se lo comen hasta el último pedazo. Nada hay que iguale á la glotonería del mogol. Es capaz de consumir más de diez libras de carnes en una sola comida, y de engullirse un carnero de regulares dimensiones en veinticuatro horas. No tiene reparo en comer camellos muertos de alguna enfermedad, perros y hasta borricos. En fin, *horresco referens*, parece decir el coronel Prejevalsky al consignar este último dato: «Comen carroña.» Es raro que maten un camello para comérselo; pero se alimentan algunas veces de cabra, de vaca y de caballo. Jamás de aves ni de pescados: es asqueroso, segun ellos. Uno de los guías de nuestro viajero fué acometido de violentas náuseas viendo á este comer ánade asado (1). En el desierto, el mogol se alimenta con maíz y *tsainda*, pasta de habichuelas y cebada en albondiguillas. Come con los dedos, y despues se los lame ó se los limpia frotándolos contra sus mangas ó las botas y volviendo algunas veces á lamérselos.

El combustible que por todas partes se emplea consiste en *argols*. El viajero debe ocuparse diariamente de hacer provision para calentarse, cocer sus alimentos ó hacer su-té. Y esta ocupacion puede ser un origen de felicidad ignorado hasta hoy de muchas personas, si hemos de atenernos á lo que dice el P. Huc: «Cuando se tiene la suerte de encontrar, oculto entre la hierba, un argol recomendable por su grueso y su sequedad, se siente en el corazon un pequeño estremecimiento de alegría, una de esas emociones repentinas que proporcionan un instante de dicha.» ¡Lindo motivo para un poeta es la descripcion de ese momento de dicha ante el estiércol de un camello! ¡Poesía verdaderamente íntima!

Todo aquel pueblo se ocupa en criar ganado: carneros, vacas, caballos y camellos. Pero como esta es una ocupacion que no absorbe mucho tiempo, al ménos tal como la comprenden los mogoles, resulta que dominan la pereza y la ociosidad. El tiempo se pasa, si no en fiestas, al ménos en distracciones. La caza, las carreras y las visitas á los amigos, son las principales. Durante las visitas, que se hacen á propósito para charlar, divulgar chismes ó alguna otra razon de igual importancia, se bebe té; muchas veces se ofrece tambien manteca, maíz ó suero fermentado, al que se designa con el nombre de vino.

(1) La cocina de los mogoles en las posadas tampoco ofrece el menor atractivo. Los nombres que ponen á esos establecimientos es lo que más se extraña: Posada de las Siete Felicidades, de la Equidad Eterna, de las Tres Perfecciones, de la Justicia, de la Misericordia, etc., etc.

Solo que, como el mogol en general es avaro, y las visitas demasiado frecuentes disminuyen de un modo sensible los alimentos (el mogol fuera de su casa come con toda libertad cuanto puede), fija para su comida la hora en que ménos probabilidades hay de recibir visitas, es decir, por la noche; se atiende al clásico té y no ofrece otra cosa á los que van á verle. Se puede citar, entre las distracciones de los mogoles, el teatro, que consiste en groseras farsas, y el juego de ajedrez, originario del Asia, con las mismas expresiones de *jaque* y *mate*.

En el otoño únicamente es cuando se trabaja algo: entónces lleva el mogol sus camellos á las carreteras para el transporte del té y de las mercancías de la China á la Siberia, al interior ó recíprocamente. Anda poco, va mucho á caballo y monta muy bien. El caballo es una necesidad en las inmensas llanuras donde las habitaciones de unos suelen estar separadas de las viviendas de los otros por considerables distancias. El mogol se cuida mucho de su montura y la equipa con particular esmero.

Los modos de saludar usados en la Mogolia son bastante curiosos (1). Cuando un mogol encuentra á un amigo, ó á un extraño á quien desea demostrar interes, le pregunta cuántas cabezas de ganado posee, qué cantidad de grasa tiene alrededor de la cola de sus carneros, y cómo están sus camellos y sus caballos. A cuyas preguntas hay que contestar siempre que se cuenta con cantidades enormes y que todos los cuadrúpedos están bien; porque si se confiesa que nunca se ha poseído un solo carnero, lo cual es cierto muchas veces, no se le creerá y se le volverán á hacer las mismas preguntas; ó si se le cree, le tendrán por un pobrete. Para el mogol, ser poderoso, ser rico, consiste en tener mucho ganado. Otras veces, volviendo á las maneras de saludar, después de los saludos de rigor, se hace un cambio de pañuelos: el mogol lleva siempre consigo una provision de pañuelos de seda, para cambiarlos con todas las personas á quienes saluda amistosamente ó á las que quiere demostrar consideracion.

Cuando se entra en una yurta, se procura no llevar en la mano baston ni arma alguna, porque esto sería insultar á los que se va á ver. Al salir, se levanta sin despedirse, y el dueño de la casa acompaña á su visitante hasta donde le espera su caballo.

A pesar de todas las privaciones, de las bruscas variaciones de temperatura que el mogol experimenta á cada momento en el desierto, su salud es fuerte. Solo teme la humedad.

La medicina y la terapéutica son allí cosas curio-

sas. Hay una teoría medical universalmente adoptada y aplicable á cuatrocientas cuarenta enfermedades del cuerpo humano. Los lamas son los que enseñan y ejercen la medicina. Hé aquí la teoría: cada enfermedad es debida á la presencia de un diablo; la curacion consiste en expulsar ese diablo. Para obtenerlo, hay el tratamiento físico y el tratamiento moral. El físico consiste en hacer tragar al enfermo algunas píldoras ó pedazos de papel, en los que se inscriben los nombres de los medicamentos prescritos; ambas cosas obran, segun parece, con la misma energía. El tratamiento moral, que sigue inmediatamente al físico, consiste en oraciones. Por regla general, cuanto más rico es el enfermo, de más duracion es el tratamiento moral. Se podia creer que esto significa que los ricos son más perversos, que son presa de los males más que los pobres, y por consiguiente, que el diablo es más difícil de expulsar.

Pues no hay nada de eso. Si el tratamiento moral es más largo, es porque en todo el tiempo que dura, los lamas ocupados del enfermo son alojados y alimentados por cuenta de este. Cuando los lamas se consideran satisfechos, declaran que ya se ahuyentó el diablo.

La medicina veterinaria no vale más. Sus grandes medios son las punciones y las incisiones. El coronel Prejevalsky ha visto tratar una vaca de la siguiente original manera. El animal, que se estenuaba desde hacia algun tiempo, fué conducido á casa del lama veterinario. Éste cogió un clavo, y de un martillazo lo hundió en el vientre de la víctima, que lanzó un berrido y echó á correr; el lama se colgó de la cola, y después de una carrera de algunos cientos de metros, volvió á declarar con la gravedad conveniente, que la vaca estaba curada: lo atestiguó con la tirantez de la cola.

Hemos dicho ántes que el mogol era robusto de cuerpo. A esta fuerza física no corresponde ningun carácter moral. El mogol es cobarde, cruel, astuto y desconfiado. No tiene nada de la energía agresiva del europeo; nunca forma empeño en vencer los obstáculos: rodea y los evita. El menor incidente le coge desprevenido. Su poltroneria es asombrosa. El nombre sólo de los Dunganos ó *Hmei-Hmei*, bandidos que saqueaban la Mogolia por la época en que la visitó el coronel Prejevalsky (1871-74), hacía correr á los mogoles y los chinos.

Un centenar de aquellos Dunganos no se hubieran atrevido á atacar á unos cuantos europeos resueltos. Es raro que con valor y audacia el explorador no se haga respetar en aquellas regiones. Conviene, sin embargo, estar siempre en guardia. Se puede repetir aquí, como en otras muchas circunstancias: «Quien á su enemigo compadece, á sus manos perece,» ó «al hombre ruin, tratarle sin consideracion.»

(1) En el Thibet se saluda generalmente descubriéndose, sacando la lengua y rascándose la oreja derecha, todo al mismo tiempo. Se añade: *Akat emur*, que puede traducirse por: «¿Cómo está usted, caballero?»

La siguiente anécdota es á propósito para dar una idea de la cobardía mogol. Sitiaban los Dungan la villa de Chobsen. Al sexto día de asedio, los sitiadores (en número de muchos miles) arreciaban el ataque; llegados cerca de la muralla, consultaron al cielo, y al ver que se acercaba la hora de tomar el té, operaron su retirada en buen orden, deteniéndose á una distancia respetuosa para calentar el agua. Los sitiados hicieron entónces una salida, se apoderaron del agua necesaria para la confeccion de su té, y se entraron á beberlo. Cuando los sitiadores concluyeron de tomar el suyo, ya era demasiado tarde para renovar el ataque, y se echaron á dormir. Durante seis días combatieron unos y otros con igual ardor; y al sétimo, considerada la plaza como inexpugnable, se retiraron los sitiadores desistiendo de su propósito (1).

Esta cobardía no es privilegio exclusivo de los mogoles: las tropas chinas la manifiestan á menudo en el mismo grado. El opio, la pereza, la indisciplina, el pillaje, esta es su vida. Cuando los infantes temen fatigarse van en carros; si encuentran demasiado pesadas las armas, las depositan sobre el lomo de los camellos. Ignoran el uso de los centinelas y los reconocimientos.

Sin embargo, no se podría decir si la Mogolia se halla realmente tan abyecta y degradada como parecen indicar los relatos de los viajeros. ¿De qué procede el temor que revela la China respecto á su vasta dependencia? Sin duda teme las violencias que podrian suscitar los lamas y los sacerdotes; el fanatismo se lleva en la Mogolia á un grado considerable; y acaso á esta influencia de los lamas es á la que se deben atribuir las protecciones que la China concede á los sacerdotes, á fin de evitar los disgustos y el temor no disimulado de la corte de Pekin. Lo que no se podría decir es hasta qué punto lograría el fanatismo transformar á los mogoles en animosos combatientes; pero evidentemente la China cree en la posibilidad de esta trasformacion. Y á esto obedece su política, que consiste en procurar el aumento del número de los lamas, y disminuir el de los combatientes, en la prevision de una lucha eventual.

(1) Para que el lector sepa á qué atenerse respecto á la verdadera degradacion de aquellos pueblos, dice el coronel Prejevalsky: «Esta anécdota difícilmente hubiera merecido crédito si no estuviésemos convencidos del estado de corrupcion de la China y de sus tributarios. Todos son lo mismo, y sólo la ignorancia de los europeos puede revestirlos con los atributos del poder y de la majestad.» Y más adelante añade: «Un lobo hace huir á mil ovejas, y cualquier soldado europeo es un lobo para los soldados chinos.» Esta increíble cobardía que, segun el coronel Prejevalsky, caracteriza esencialmente al mogol y al chino, fué notada por Marco-Polo. ¿Qué decadencia, si se compara á esos hombres con sus conquistadores ascendientes! ¿Qué causa ha producido tal efecto?

A la cobardía del mogol se uné un vicio que con frecuencia le acompaña: la crueldad.

«El mogol es de una ferocidad sin igual para con los prisioneros de guerra. La religion búdica, no obstante la elevacion por todas partes reconocida de sus principios, no le enseña que todos los hombres son hermanos, y que el mismo enemigo tiene derecho á cierto respeto por parte del vencedor. Á la par que esta crueldad activa, se observa otra: la crueldad de la indiferencia. Se les ve llevar á sus deudos y á sus parientes al cementerio con extraordinaria frescura, y allí, abandonarlos, como si se tratase de un insignificante objeto, á las bestias feroces y á los cuervos, que son de una asombrosa rapacidad. En las grandes ciudades, como en los pueblos pequeños, refieren los viajeros, y así lo ha comprobado el coronel Prejevalsky, que se ve á menudo agonizar en la calle á los mendigos. Espiran los ancianos, desvalidos y rechazados hasta por sus compañeros de infortunio, en medio de la multitud. Los muchachos juegan y se divierten en torno suyo; hombres y mujeres van y vienen, pasando por su lado, y nadie se ocupa del moribundo, á no ser los perros, que no siempre esperan que haya dejado de respirar para destrozarle y repartírselo.» (A. David.) Si un cuerpo es devorado en seguida, es de un excelente augurio. Segun las ideas que se les inculcan, el que ha vivido mal tarda en ser devorado ó no llega á serlo del todo. Si se adoptara este criterio para juzgar la pureza de las costumbres mogólicas, resultaría seguramente que la Mogolia es un país muy dividido.

Si el valor le falta, posee, en cambio, el mogol la astucia y la desconfianza; estas dos cualidades se reclaman mutuamente. La astucia se halla en juego constante para el mogol; en todas sus luchas la emplea. Lo mismo sucede con la desconfianza; desde la niñez se habitúa á no usar ni admitir la franqueza. A propósito de ambas condiciones, refieren el coronel Prejevalsky y el P. Huc algunas anécdotas que vamos á consignar aquí.

Un día, estando recién parida la vaca de un mogol, ocurrió la muerte del becerro. Como las vacas mogoles no son naturalmente muy mansas, el mogol se vió en un grave apuro al tratar de ordeñar la suya, no contando ya con el ternero para entreternerla. Deseando obviar la dificultad ocasionada por la falta del becerrillo, cogió el cadáver de éste, lo rellenó de paja, poniéndole cuatro palos para que se tuviese de pié, y lo llevó junto á la vaca, la cual abrió desmesuradamente los ojos, estornudó dos ó tres veces, y se puso á lamerle con cariño. Miétras tanto, el mogol se ocupó en ordeñarla. La vaca, á fuerza de lamer á su cachorro, concluyó por descoserle el vientre y comerse el forraje inesperado que de él salió. Pero el mogol no tuvo que hacer

más que volver á rellenar de paja el becerro.

La siguiente escena, de la que el coronel Prejevalsky ha sido testigo muchas veces, es perfectamente típica.

En Europa y en cualquier país civilizado, y aún en muchos que no lo son del todo, la compra de un carnero no ofrece nada de particular. Pues hé aquí cómo se procede generalmente en la Mogolia para tan sencilla operacion.

En primer lugar, no hay que preguntar á un mogol si quiere vender un carnero y por cuánto; no contestará, porque sospecha siempre una segunda intencion. Se debe emprender una obra en cinco actos ó cinco tiempos, á saber:

Primer acto.—Se sienta uno junto al comprador, bebe té con él, y se informa de la cantidad de grasa que puede producirle su ganado. Si él cree oportuno referir alguna enojosa historia respecto á la carestia de los géneros en general y de los carneros en particular, hay que escucharle con atencion y opinar como él; sobre todo, no se debe mostrar impaciencia ni hablar demasiado. Despues, ya puede uno atreverse á indicar el objeto que le lleva.

Segundo acto.—Se va á tentar al animal, teniendo cuidado de hacer notar que está flaco.

Tercer acto.—Se vuelve á tomar té, y se entablan las negociaciones como si se tratara de establecer una alianza entre dos potencias. El vendedor elogia su carnero poniéndolo en las nubes; y el comprador debe echarlo por tierra. Durante esta discusion hay que cuidar de no omitir ninguna clase de demostraciones de respeto y de dar seguridades al vendedor del que á uno le inspiran sus bellas cualidades y de la profunda admiracion que experimenta por su ganado en general: no es necesario especificar; basta con generalidades.

Cuarto acto. Despues de un diluvio de cumplimientos y réplicas, se llega á un acuerdo sobre el precio. El comerciante deja colgar su manga; el comprador introduce en ella su mano, y con un apretón de dedos se da por terminado el negocio. Es un trato que se cierra á fuerza de cumplimientos, apretones de manos y tazas de té.

Quinto acto. Se sacan las balanzas para pesar el dinero; hay que rechazar la del vendedor; igualmente hay que negar á éste las entrañas del carnero que reclama.

En fin, se lleva uno el carnero, habiendo invertido en su compra dos horas. Se comprende que el viajero sienta y tema que se le agote su provision de carne.

ENRIQUE DE VARIGNY.

Traducción de R. de M.

(Concluirá.)



LA ORATORIA COMO ARTE BELLO. (1)

Costumbre de algun tiempo á esta parte establecida, obliga al que se sienta en este lugar á desenvolver en una Memoria el tema de vuestras nuevas discusiones; y recordando, á más de la importancia de que siempre gozaron, que en este mismo sitio admirasteis todos la observacion profundísima y el inimitable gracejo del Sr. Alcalá Galiano, y la erudicion vastísima y severa critica de mi buen amigo el Sr. Sanchez Moguel, que á cual más consiguieron en sus trabajos, no conquistar méritos, que de sobra les adornan, sino reflejar en ellos, deleitándose á vosotros, cuanto se pensaba y se sentía sobre la cuestion que iba á debatirse; recordándolo, repito, no sé, señores, si es sólo honra ocupar en los momentos presentes este sitio, mas casi pienso que de varias cualidades participa, y que siendo para mí honra, por demas inmerecida, muy bien puede ser suplicio para vosotros, del cual, si la gratitud no me lo impidiera diria con justicia que merecido, ya que con vuestros sufragios me elevasteis á sucesor suyo por el cargo que ocupó, á envidioso de sus condiciones por el compromiso en que me veo.

Contrae ante todo el que como yo ahora se encuentra una grave responsabilidad. Es ya instituto de esta Corporacion ilustre seguir en sus debates los últimos problemas que agitan y sacuden la conciencia política ó literaria de Europa; es ya costumbre vuestra escuchar las palpitations en que se revela la vida tan accidentada y vária del mundo moderno; por eso ayer, cuando los embates del positivismo tentaban destruir los grandes sistemas que han amamantado á las generaciones presentes, y cuando la crisis política de los pueblos latinos desgarraba sus entrañas, discutiais si aquellas doctrinas éran un peligro para el progreso, y si las instituciones de Inglaterra encerraban el germen de la prosperidad de las naciones; por eso cuando la opinion levantaba súbito y continuado clamoreo sobre las flaquezas y decadencia de nuestro teatro contemporáneo, trabóse en esta Seccion larga y provechosa contienda en que, como siempre, se manifestaron esas dos tendencias, confiada la una, escéptica y pesimista la otra, que aquí, con ser todos hermanos en el estudio y unidos por vínculo de amistad cariñosa, de antiguo nos dividen y nos separan; por eso la lirica entretuvo poco despues nuestros debates, y á seguida la cuestion de la ver-

(1) Primera parte de la Memoria leida á la seccion de Literatura y Bellas Artes del Ateneo de Madrid, en la noche del sábado 17 de Noviembre, sobre el tema, ¿los fines y condiciones de la Oratoria como Arte bello se han cumplido mejor en la Antigüedad, ó en los tiempos presentes?

dad y la belleza suscitada á un tiempo en España y en el extranjero, en Academias y Ateneos, presentándose engrandecida y trasfigurada bajo el lema de la *Poesía Religiosa*, llegando la discusion á tan alto y revistiendo tal importancia, que en ella entraron nuevos oradores y otros que hace tiempo nos abandonaban, llenos todos de entusiasmo y de merecimientos, (á excepcion lo segundo de uno solo, de cuyo nombre no me acuerdo, ni vosotros os acordaríais si tan amenudo no os molestara), discusion cerrada con llave de oro por aquel extenso y profundísimo resúmen del que todavía en este año ha de presidir nuestras tareas.

El peso de este recuerdo, unido al de tantos otros, todos agradables para el Ateneo y desconso-ladores para mí en estos instantes, me compromete más y más al plantear el tema. Atendido á que no son estos debates académicos ni pueriles entretenimientos retóricos, sino que buscamos de sus resultados una advertencia y un consejo, hubiera sido matar la discusion aún no nacida, escoger por campo de batalla la novela, cuyos capitales problemas hemos debatido al tratar de la dramática y de la lírica. Recordando que deben ser de interes los objetos de nuestras discusiones, desistí de presentaros la épica, tan sin razon proscrita y desterrada por los literatos de estas edades; y comprendiendo al mismo tiempo que sobre no ser muy oportuna era demasiado brusca la transicion á la historia, renuncié tambien á traerla á vuestros debates. No quedaba otro género que la Oratoria. Bien sé que pudiera haber presentado una cuestion de esas interesantes que ofrece la Filosofía del Arte; pero la Seccion ha emprendido hace tres años una provechosa campaña, examinando uno por uno los géneros literarios, y cuando sus individuos la prosiguen, no era cosa de que viniéramos á cambiar lo que todos han acordado.

Además encierra el tema que voy á presentaros oportunidad innegable. En este siglo inquieto y desasosegado, grande en sus dolores y en sus victorias, cuyos apóstoles han sido los tribunos en la época en que ha resonado la voz poderosa é irresistible de Danton, en que el veleidoso Mirabeau ha seducido las almas de los franceses, y el autor de las *Meditaciones* se ha engrandecido de tal modo, que parecia irradiaba en su frente la gloria entera de su siglo; en estos dias en que España escuchó estremecida las vibrantes y sonoras voces de sus legisladores de Cádiz, y reflejó los matices de su pensamiento y de su política en la palabra inimitable de Argüelles y de Alcalá Galiano ó en la frase siempre extraña y siempre bellísima de Donoso Córtes; en estos momentos en que el despertar de los pueblos á la libertad ha hecho engrandecer de tal modo la oratoria política que por su historia puede medirse

la historia de la patria, y dia por dia, y hora por hora, á través de sus discursos seguir la vida, y el entusiasmo, y las glorias, y los desfallecimientos de las razas y de las naciones, y ver en sus apogeos y en sus decadencias, las decadencias y los apogeos de una creencia, de una ilusion, á veces de una utopia, pero siempre de algo que arrastra, que encadena el sentimiento y la razon y la voluntad; en estos tiempos en que la oratoria forense aparece con nuevos bríos y condiciones, en que la Académica, alimentada por tanta y tanta corporacion científica, nace con caracteres de vida y porvenir glorioso; en esta edad de renovacion religiosa en que tambien la elocuencia sagrada se renueva, y en la cual, con ser toda ella de oradores, la oratoria militar muere, ¿qué otra cosa que más se preste á vuestros discursos, siempre elocuentes, que la elocuencia misma?

Otras dos razones me atraian á la eleccion del tema: era una, el deseo de demostrar una vez más ciertos principios y ciertas afirmaciones; era la otra puramente individual y propia.

Tras largas y reñidas discusiones, ya al final de la anterior, unos más y otros ménos, habíamos convenido todos en que era innegable y eficaz en consecuencias el principio de la libertad artistica; pero quedaron aún en pié algunas dudas relativas á lo que influyen fondo y forma en la obra poética. Era esta confusion fácil de explicar entónces, por ser la Poesía manifestacion pura de la esencia del Arte, en que sólo se atiende á expresar la belleza. Hacía imposible esto toda distincion entre la expresion y lo expresado, distincion que sin embargo se advertia en la obra ya realizada, dando lugar á errores y confusiones que contradecian su finalidad propia, estableciendo relaciones y enlaces que, si existen es sólo en aquel límite y relacion en que todo se une y enlaza en la realidad absoluta, y nunca bajo el criterio con que pretendian formularse. El estudio de la Oratoria aclara todos estos prejuicios; en el discurso, la forma artistica es accidente subordinado á un fin moral, político ó religioso, y aún siendo de este modo, es tal el carácter de forma pura que reviste el arte, que se ha prestado lo mismo á unas que á otras doctrinas. ¿Cómo sería así si existieran entre la verdad y la belleza aquellas intimidades de que algunos estéticos hablan y que defendian aquí el año pasado algunos oradores?

De este principio á la afirmacion de lo que sirve la libertad al desarrollo de la elocuencia, no hay sino un paso; y hacer que lo den, obligados por el hecho, los que niegan que sea en todo bendita y fecunda, era la razon de doctrina que me movia á desenvolver ante la Seccion este tema.

La otra causa, que os dije ser puramente individual, es su novedad misma. Con ser estos últimos siglos tan abundantes en estudios literarios de todo

género, son bien pocos los dedicados á la oratoria, cuando su creciente desarrollo debería llamar la atención de todos los escritores. Los trabajos especiales de más valía han sido el ensayo de Maury, algún trabajo de Bautain ó la «Historia de la Eloquencia» de Henry. Demás de esto, los retóricos como Crevier, Hugo Blair, Mayans y Siscar, Bateux, Marmontel, Milá y Fontanals, Lamy, Gaillard, Filon, Leclerc, Amar y Pelissier, y tantos otros han ocupado en la Oratoria una pequeña parte de sus libros, en la cual, fuerza es confesar que, salvo honrosas y contadas excepciones, no han pasado de lo que se dijo en el Gorgias platónico ó en la Retórica de Aristóteles, habiendo llegado el que más al tratado de *Oratore* ó á las *Instituciones* de Quintiliano.

Debo confesar que me halagaba penetrar con otro criterio en terreno tan vasto y poco explorado como éste. Ni se me ocultan sus dificultades, ni pretendo temerariamente escribir un estudio que supere ó complete los trabajos hasta el día conocidos; pero lo que no pueda hacer, lo hareis vosotros, y yo poniendo la buena voluntad, vosotros llevando la ciencia, yo apuntando problemas y vosotros resolviéndolos, veremos entre todos de acabar la tarea, de decidir qué ha sido, qué es y qué debe ser la Oratoria; y haciendo entre todos el trabajo, enseñándonos todos como aquí se hace, podrá ser la obra más útil y provechosa.

Si me he equivocado y la discusion no viene á completar esta memoria tan imperfecta de suyo, castigo habrá seguro para todos; vosotros tendreis el de no escuchar nada que mejore la impresion de estas páginas; yo el más grande de no haber sabido responder á la confianza con que me elegisteis para este sitio.

I.

Si es la literatura en la universalidad de sus géneros expresion de belleza concebida por el espíritu humano, solo en cuanto á esta belleza se subordinen más ó menos, pueden entrar en su contenido la Oratoria y la Didáctica. Cómo entran, es por demás llano y sencillo: cuanto el espíritu del hombre alcanza á concebir ó realizar, lo realiza ó concibe en forma, y en esa forma ó creación encarna más ó menos lo bello, produciendo los diversos géneros literarios, que expresan el contenido del pensamiento comun de las naciones y de los tiempos. Por eso la literatura queda comprendida en el cuadro del Arte y es un Arte bello, aunque el más grande de todos, puesto que por su medio de expresion, la palabra, comprende lógicamente manifestaciones que, teniendo belleza, realizan á un tiempo fines intelectuales y morales.

La relación en que está el fin artístico con los

demás fines en la obra de arte sirve para determinar la division de los géneros literarios. Conviene críticos y estéticos en que son esos géneros Poesía, Oratoria y Didáctica; Poesía, cuando no ha otro ideal que el estético; Oratoria, cuando al igual ó sobre este fin estético domina y se ofrece la exposicion ó defensa de un pensamiento cualquiera; Didáctica, cuando es la expresion de la verdad científica objeto de la obra y la belleza puro accidente de la forma de esta expresion.

Síguese de aquí que ha de ser la de la Oratoria forma artística imperfecta, y al mismo tiempo que hay que hacer por el carácter especial de este género el estudio del orador al par y antes que el de la oratoria misma.

A un lado todos aquellos estudios y condiciones morales que de Aristóteles acá vienen exigiéndose á los oradores. Serán y son indudablemente necesarios, pero no cumple á la literatura su estudio ni su direccion; bueno que de ellas se ocuparan los que poseian escuelas para formar sus oradores y sus tribunales; natural y muy natural que los maestros de Retórica intentaran dirigirlas; pero en nuestros días el caso es distinto, y claro es que cada orador formará sus estudios segun sus aficiones y sus tendencias, sin que el literato ó el retórico se los imponga como necesarios (1); que tanto valdria señalar al poeta qué obras deben consultarse para hacer un drama histórico, qué fuentes científicas para escribir un poema ó qué preparacion filosófica para una novela de esas que entrañan gravísimas cuestiones morales y políticas. Bien sé que se dice que de no establecer como obligados esos estudios se corre el peligro de que, faltos de instruccion, sean los oradores gárrulos y vacíos. Os confieso que jamás he podido comprender bien que un orador que verdaderamente lo es pueda no hacer más que palabras, palabras y palabras. Yo entiendo, como un ilustre Padre de la Iglesia, que buscando las palabras se encuentran las ideas; yo creo que el signo hablado es solo expresion sin más valor que el pensamiento que exterioriza; yo estudio con admiracion y entusiasmo los grandes oradores, los de más

(1) Con mejor espíritu Bautain que la mayor parte de los retóricos modernos, trata como condiciones del orador todas las naturales que supone el hecho mismo de la elocuencia, cuales son sensibilidad viva, inteligencia penetrante, buen sentido, imaginacion pronta, voluntad firme, carácter expansivo y don natural de la palabra; y al llegar á las que pueden adquirirse por el estudio, recomienda la instruccion general necesaria á todo hombre de letras, más la especial sobre el objeto del discurso. En cuanto á condiciones físicas, solo se ocupa de la pronunciacion y la accion oratoria, y en general tanto estas materias como las anteriores están juzgadas con un criterio amplio y un espíritu poco general entre los retóricos. (Bautain. *Etude sur l'art de parler en public.*—Paris, 1863. en 8.º) (V. nota I.)

palabra, los de frase más llenay sonora, y como las palabras sean grandes y santas, santas y grandes serán también las ideas; que es imposible, de todo punto imposible, que en frase sublime se encierren miserables trivialidades, del modo que es imposible que una idea noble ó un acto de abnegacion ó de heroísmo no lleve el sello de la belleza en sus entrañas.

Lo mismo que de estas puede decirse de las cualidades físicas del orador. Ningun retórico posterior á los del siglo pasado se ocupa de ellas.

Ayer y hoy, en la antigüedad y en los tiempos presentes, el hombre se ha dominado á sí mismo, y el más débil de cuerpo, el más flaco por la naturaleza, ha sujetado con su palabra legiones indomables ó desenfrenadas turbas. Se comprenden y tenían razón de ser esas prescripciones en sociedades guerreras preciadas de la fuerza ó en pueblos artistas como el griego, que hasta en el hombre mismo exigían la perfeccion y la pureza de las formas; en nuestros días, no hay motivo que las justifique. Vale eso muy poco para tenerlo tan en cuenta. Cuando llega el instante en que el orador comienza á ser apóstol, en que el fuego de la idea quema su frente, y su palabra vibra estremecida y poderosa, amenazando, rugiendo ó suplicando, y todos los corazones están suspensos de su accion y de su frase, y todas las almas, sacudidas por aquella electricidad que desgarran las nubes de su mente, esperan para devorarlos sus pensamientos y sus ideas; entónces todos ellos son fuertes, todos sienten sobre su cabeza aquella llama que enardeció el alma de los pescadores de Galilea, y ante un público lleno de entusiasmo, Mirabeau se cambia, Thiers se engrandece, Alcalá Galiano se transfigura, y todo es hermoso en ellos, porque en su espíritu vive, irradiando sobre su cuerpo, el aliento divino de la inspiracion y del arte.

No quiero decir tampoco con esto que valga lo mismo ser ignorante que ser sabio, ni que importe tanto para la tribuna ser mudo como tener una voz llena y sonora; lo que sí pretendo es desterrar del campo de la literatura materias que no le pertenecen; y ya que tanto se lamentan ciertas escuelas de las invasiones de la Filosofía en terrenos distintos de su dominio, justo será también cerrar el en que los demás estudios deben moverse. Por eso entiendo que tampoco corresponde á la Literatura, que es no más el arte de la palabra, el estudio de la disposicion y la accion ó pronunciacion oratoria; la primera pertenece á la Mimica; la segunda debe ser cuenta de la Gramática.

Así, del mismo modo que al estudiar la Poesía se estudia solamente la forma y los modos de expresion, prescindiendo para todo del poeta, entiendo que debe en la Oratoria dejarse á un lado, para que

ciencias auxiliares lo penetren, cuanto á la persona y condiciones del orador toca, ocupándose únicamente de un problema que en justicia más á la Estética que á la Literatura corresponde. Me refiero á lo que sea la Elocuencia.

Es opinion comun, desde Ciceron hasta Blair ó Capmany, que la elocuencia no es otra cosa que el arte de hablar persuadiendo ó para conseguir lo que se desea. En este sentido, no vale esta palabra más que la *Retórica*, y no hay para qué ocuparse de ella distintamente. La elocuencia á que me refiero es ya otra cosa: es la facultad natural (muy distinta de la afluencia ó la facundia) concedida á ciertos individuos de arrastrar y encadenar el ánimo de los oyentes. ¿Qué relaciones tiene con la inspiracion poética? Hé aquí la cuestion que me proponia presentaros.

Se dice que el estado del orador no es nunca el que causa la inspiracion artística; que el juego de las facultades de su espíritu no es libre y espontáneo; que todo es, en fin, producto de la reflexion y por el pensamiento engendrado y producido. No lo entiendo yo así; y adelantándome á la prudente confesion de los más notables críticos, no vacilo en afirmar que la inspiracion poética y la elocuencia sólo son dos manifestaciones distintas del genio.

Opónese á esta doctrina, que va el orador siguiendo el rigor lógico de su demostracion, y que el poeta sigue el vuelo libre y espontáneo de su fantasía. Ni lo uno ni lo otro es cierto. La inspiracion en la poesia no es toda la creacion, sino su principio; el rigor lógico, ni existe en todos los discursos, ni es toda la oratoria. La adoracion del genio rechazando la critica puede ser tan perjudicial para la poesia, como la santidad de los preceptos retóricos para la oratoria. La depuracion de las formas, segun la idea de la belleza, arregla y corrige la inspiracion, siempre caótica y desarreglada, de la poesia, á la manera que la condicion de belleza que requiere la forma artística del discurso suple y dora la rudeza y helada severidad de los principios científicos ó morales de que quiere penetrarse al auditorio. De este modo, la oracion como la poesia, buscan el cánon del arte, y atraído por el iman de la belleza el pensamiento ó la idea que se quiere cantar ó defender, pasa de la inteligencia á la fantasía que la concibe bajo forma y se reproduce en la mente del sacerdote ó del tribuno la misma elaboracion puramente artística que se ofrece en la del poeta lírico ó dramático.

La misma libertad que dá la inspiracion tiene la elocuencia; del mismo modo que el poeta puede seguir, adoptado el asunto, forma, creaciones é imágenes infinitas, el orador puede también escoger caminos, estilo, lenguaje, método y procedimientos sin fin. Si al uno le exige la idea que defiende la obligacion de seguirla, al poeta le obliga

el pensamiento escogido á desenvolverlo y continuarlo, so pena de hacer una obra defectuosa ó incompleta: todas las grandiosidades de la poesía caben en la elocuencia, y cuanto más grande es el asunto, mayor es la libertad y el campo para los vuelos del artista. Sin esta libertad amplísima de la forma no podría contarse la Oratoria en el número de las Bellas Artes.

Sin duda que en esta teoría creerán algunos ver un peligro para la Oratoria, adivinando que lleva consigo la muerte de la antigua retórica, con todo su ornamento de invencion, disposicion, elocucion, memoria y pronunciacion, admitido con una excepcion por Aristóteles, desenvuelto por Ciceron y en cierto sentido por Quintiliano, y seguido por todos los preceptistas hasta los dias que corren. ¿A quién se le oculta que las tres primeras de estas cinco partes son propias lo mismo de la Oratoria que de la Didáctica ó la Poesía? Y en cuanto á la memoria y la pronunciacion (1), ¿quién no comprende que la una y la otra pertenecen á distinta ciencia que la Literatura, á la Mnemotecnia y á la Filología ó Gramática general, por ejemplo? Por eso Batteux afirmaba que la Retórica, la Lógica y la Gramática son tres ciencias que siempre debieran andar acompañadas.

La Retórica, como teoría de la Oratoria, ha muerto; como ha muerto la Poética en el concepto de arte ó modo de hacer poesía: la ciencia moderna no da al hombre medios para tanto; pero, en cambio, ha hecho aparecer la Filosofía del Arte en que se estudian críticamente, no modos y recetas de hacer lo imposible, sino leyes dadas por la Estética para comprender la obra producida y analizar sus condiciones.

Pero si esta teoría de la identidad entre la inspiracion y la elocuencia concluye con la Retórica, desvanece un error muy generalizado, y que se expresa en frase vulgar y corriente: *El poeta nace, el orador se hace*.

Entiendo que no es así; afirmo desde luego lo que antes os decia, y me basta para ello ver lo imposible que es á muchos hombres dotados de privilegiado talento y de instruccion vastísima llegar á ser siquiera medianos oradores. Se hacen oradores con el arte; pero es cuando ya tienen facultades para ello y sólo falta enmendar y corregir alguno de esos defectos que en nada impiden la elocuencia verdadera; ó crear los medios externos de la expresion, lo que sólo es accidente liviano y pasajero; instruirle y

(1) Debo recordar sobre este punto la preciosa obra de M. Ballande, titulada *La Parole ou l'Art de dire et d'exprimer* (Paris, en 8.º, 1868), en la cual considera este arte de interpretacion en la conversacion, la lectura, el profesorado, el foro, el teatro, la tribuna, la cátedra sagrada y lo que el autor llama *Le comédien-tippe*. (V. la nota II.)

aconsejarle con las enseñanzas de la Crítica para que sepa dirigir sus facultades; en una palabra, hacer orador á Demóstenes cuando lo era ya por la naturaleza (1). Creer, al contrario, que para ser poeta se necesitan disposiciones naturales, y para ser tribuno basta el estudio, es, á más de rebajar la Oratoria, falsear por completo los capitalísimos principios del Arte. La instruccion, el gusto, la voluntad, el talento, podrán producir, y de hecho han producido, versificadores de nota, jurisconsultos, retóricos y académicos famosísimos, correctos y elegantes; jamás, ni una sola vez, un orador ó un poeta.

Pensar que esto pudiera suceder, vale tanto como imaginar que ha de encenderse la lámpara en que falta fuego; que ha de alumbrar una luz que no arde; que la inspiracion y el genio pueden adquirirse por precio en pública almoneda, y que el arte que levanta el alma hasta los cielos ha de plegar sus alas para descender al espíritu de todo el que le busca y le desea. Es preciso pasar el Desierto para llegar á la Tierra prometida; es necesario subir al Tabor para transfigurarse; y para el Arte, el Tabor y el Desierto son la inmensidad y la grandeza de la inspiracion artística. Cuando el orador traspasa las montañas y los mares y penetra en el seno de la Creacion hirviente; cuando interroga los eternos secretos de la Naturaleza ó se abisma en las cavernas insondables del alma; cuando con su espíritu desgarras las nieblas de la Historia y huella con su acento el polvo de los siglos; cuando la Diosa de la libertad aparece radiante á las miradas de un público deslumbrado, y como chispas al choque sacudidas brotan anuncios proféticos de su discurso, es porque todo eso vive en su alma, porque su espíritu es tan grande, que eso va en su seno, con toda su grandeza, vivificando sus creaciones con los resplandores de lo divino.

Allí hay arte, porque allí se crea; allí hay inspiracion, porque hay belleza; allí hay fuego, porque hay entusiasmo; y en aquella cascada de palabras que brotan ardentísimas y apasionadas, hay tanto calor como en el torrente de lava que se precipita sobre la tierra; sólo que éste, fuerza brutal de la naturaleza, encierra bajo sus plantas Pompeya y Herculano; y el otro, armonía sublime del espíritu, es el Verbo de la redencion humana.

(1) Nada arguye contra estos principios la confesion de estudios retóricos hechos por eminentes oradores, y de la cual se hace uso contra las teorías que defiende. Penetrando al fondo de esas enseñanzas, podemos ver que se han reducido á modificar y dirigir estas mismas condiciones de que hablo. Así, por ejemplo, Demóstenes, al aparecer de nuevo en la tribuna griega, no es que haya aprendido á ser orador, sino que ha vencido un defecto físico que le impedía serlo. Si de reglas y preceptos hubiéramos de guiarnos, ningunas edades habria más grandes en la historia de la elocuencia, que aquellas abundantes en preceptistas y retóricos; sin embargo, parece que siempre vienen como señalando y precediendo las grandes caidas de la Oratoria.

Decid vosotros si el orador se hace, si la elocuencia se adquiere; y si respondeis afirmativamente, si decís que vale lo mismo un metrificador que un poeta, y que son iguales un orador y un retórico, cubrid con negros paños la estatua de la belleza y lloremos sobre su sepulcro, ya que seamos incapaces de comprenderla.

En una y otra forma han reconocido estas verdades ilustres y distinguidos escritores. Hermosas frases consagra el inmortal autor de las Instituciones oratorias á la improvisacion, sin la cual entiende que se debe renunciar á esa carrera *et solam scribendi facultatem potius ad alia opera convertit*. Hay, dice, una facultad á que los griegos llamaban *Ἀλογον τριβην* por la cual se apercibe lo que sigue ántes que la palabra enuncie lo que precede.

Ciceron declara que los retóricos producen *non oratores, sed operarios lingua celeri et exercitata*. Brutus, 18, 83.

Cormenin clasifica los oradores en improvisadores, recitadores y lectores, y rechazando casi del arte los dos términos últimos de esta division, afirma que solo es orador verdadero el que improvisa; pero: «Nunca le juzgúeis segun las reglas y métodos del discurso escrito y premeditado; no le leais nunca; id á oírle y colocaos en los bancos del auditorio: el improvisador no va á la tribuna por sí propio, sino porque le oyen, y pudiera muy bien decirse que no hace otra cosa que formular los pensamientos de su auditorio, respirar sus pasiones y declarar su voluntad. Hay vida en su palabra, porque hay realidad; hay fuerza, porque la toma de todo lo que le rodea; hay oportunidad, porque habla de los hombres del momento y del instante, delante de esos mismos hombres; si la asamblea está exaltada, no podrá permanecer frio, ni vehemente si ella está en calma: no emprenderá su vuelo ni desplegará sus alas desde lo alto de una montaña, mientras la asamblea camine tranquila por la llanura; se pone á su disposicion, marcha de acuerdo con ella y parece que la sigue hasta que la domina y la encadena, y pasando desde detrás á la cabeza, la conduce y precipita en su propia carrera. El alma del improvisador corresponde en un todo al alma del auditorio; ambas se tocan, se comunican, se mezclan y se confunden; el improvisador sube ó baja, tiende la mano al auditorio para atraerle; el auditorio le tiende la suya, le secunda maquinalmente en cierto modo, busca con él las palabras que faltan, le aguijonea, le hostiga y le anima con su aliento, como el fogoso caballo hostiga y anima con su resuello al escudero que delante camina. Hacen juntos la jornada y juntos llegan al fin; en cada detencion, en cada paso se descubre un punto de vista nuevo, un efecto inesperado, una palpacion, una emocion, una gracia. El improvisador no sabe todo lo que va á decir, ni cómo lo

va á decir; es muy confiado; deja la playa, se arroja á las olas, desplega allí su vela de púrpura, y sostenido en los brazos del auditorio, todos los corazones palpitan por él desde la ribera.»

Si no quereis, señores, admitir como opinion mia la identidad de la inspiracion y la elocuencia, os bastarán seguramente estas frases bellísimas de Timon para que no vacileis en afirmarla, como fecunda en resultados. Desde luego levanta la dignidad de la Oratoria (no del discurso) á la categoria de *forma pura* como la poesia y hace tan grande ó más grande la mision del orador que la del poeta. Contra esta doctrina se aduce la existencia del fin social que se supone domina y dispone la forma sin reparar que la desigualdad que se muestra, entre unos y otros discursos de los oradores, como en las varias obras de los poetas, bien á las claras evidencia que es una y la misma la inspiracion en ambas obras de arte y que lo mismo el orador que el poeta, solo son orador y poeta en los instantes en que se agita en su alma el fuego santo de la belleza. Aquel *demonio* que avivaba el genio Socrático, ni se presenta á todos, ni murmura siempre en los oidos el himno de lo grande y de lo sublime.

El concepto de la oratoria (no del discurso que es ya obra realizada, en que la forma vive sobre la realidad á que se ha aplicado), tal como acabo de formularlo y como bellamente lo expresa Mr. Ballande, se opone á aquella doctrina atribuida á Quintiliano, de que solo puede servir á la verdad y ser orador el hombre honrado. Como arte, la poesia está fuera de esta relacion lo mismo que la oratoria: ¿no hay obras magníficas de este género que obedecen solamente á motivos personales? Cuando Marco Tulio lanzaba contra Vatino y Antonio su poderosa palabra; cuando Demóstenes se dejaba llevar por el odio á Mídias y á Esquines, ¿no vibraba en sus frases el rayo, mientras faltaban á la verdad ó á la conveniencia? Sin duda que hay un juicio ético sobre cada discurso; pero hay ántes y primeramente otro juicio artístico que es inmediato y que hace unir las palmas y prorumpir en vítores y aplausos ante los discursos más opuestos á nuestras convicciones y á nuestras creencias.

Tambien el ilustre Arzobispo de Cambray llegó á entender que solo la verdad podia ser objeto de la elocuencia, y por su boca dijo Demóstenes en aquel hermosísimo diálogo con el orador romano: *Este fué el empleo que hizo de ella Platon, á quien ni tú ni yo hemos imitado*. Ahí teneis negada la finalidad propia de la belleza, por confundir eternamente el arte con la obra artística cumplida.

No más que estos problemas son los que en mi sentir deben tratarse en la Literatura respecto al orador. Poco influyen para lo que debe decirse del

auditorio, elemento en realidad extraño al arte, del cual el orador debe tener perfecto conocimiento, no por el fin estético, sino por el social ó religioso que se proponga; pero traen en cambio una modificación profundísima á los métodos y sistemas de la Retórica clásica. Deja de existir esta y entra á ocupar su puesto la Oratoria en el concepto de estudio ó crítica de la Elocuencia, con lo cual extraordinariamente se varían las reglas y moldes á que según los preceptistas debía sin remedio sujetarse el discurso (1).

Para comprender el alcance de esa identidad entre la inspiración y la elocuencia, se hace preciso recordar la definición de la Oratoria. La distingue de la Poesía, como ántes indicaba, el tener otro fin á más de la belleza; fin que consiste en arrastrar á los demás á las propias creencias y convicciones que el orador predica y constituye el fondo del discurso que influye seguramente en él, requiriendo mayor ó menor grandeza y prestándose ó no prestándose á las hermosuras de la palabra. Este fin, sin embargo, puede ser expresado bajo mil aspectos, aunque teniendo siempre en cuenta que como nada produce al hombre efecto más inmediato que la belleza, la hermosura de la forma consigue más en un momento solemne que todas las argumentaciones de la lógica. De esta independencia de la forma, más ó menos grande según los géneros oratorios, arranca la condición de forma pura y de arte que la Oratoria tiene, del mismo modo que la Poesía, con la única diferencia de que si en esta el fondo puede ser insignificante, en aquella debe llevar con su resolución grandes intereses ó el triunfo de ideas sacrosantas.

Teniendo en cuenta esta finalidad relativa de la Oratoria, se la puede definir diciendo *que es el arte de persuadir (ó convencer) mediante formas bellas artísticamente presentadas*, lo cual está muy lejos de contradecir ninguna de las afirmaciones anteriores y mucho menos de autorizar á Hegel para decir que «la idea de la elocuencia no debe buscarse en la libre organización poética de la obra de arte, sino más bien en la simple conformidad á un fin.» Equivocóse, en mi opinión, el gran estético, al modo que erró Kant al definirla como «arte de engañar mediante una hermosa apariencia,» y fué causa del engaño de ambos, como del de Fenelon al afirmar «que sólo se distingue de la Oratoria la Poesía en que la una pinta con más entusiasmo y rasgos más vivos que la otra,» un olvido muy generalizado de lo que significa y representa la Oratoria en el cuadro general de la Literatura.

Es ley reconocida por los psicólogos la unidad

(1) Véase la nota III.

orgánica del espíritu humano, mediante la cual unas en otras intervienen sus facultades, sin obrar nunca exclusiva y aisladamente, evitando así en la existencia espiritual del hombre *hiatus* ó soluciones de continuidad que con su brusca transición quebraran la divina armonía de esa misteriosa esencia, que va de continuo buscando como suya la morada donde eternamente residen el bien, la verdad y la belleza. Esta ley se refleja, como es consiguiente, en la Literatura y es la cifra que declara el secreto de sus géneros y sus divisiones, explicando á un tiempo cómo la Oratoria es unas veces arte de persuadir, y lo es otras de convencer; cómo el orador toca tan pronto en la altísima concepción del poeta como en la fría y árida exposición del científico.

Representa la Oratoria la conjunción de la Didáctica con la Poesía; se une á esta en cuanto caben inspiración y belleza en sus modos de expresión; se enlaza con aquella en cuanto el fondo ó realidad de que el artista se apodera es un propósito que ha de inculcar al ánimo de sus oyentes. Según la importancia ó condiciones que este propósito reviste, nacen los géneros distintos que en la Oratoria se manifiestan.

Pero como de todos modos sería brusca una transición desde la realización pura y única de la belleza á la subordinación de esta á un fin cualquiera, en los mismos géneros poéticos vá revelándose esta finalidad lentamente y paso á paso, como preparando el ánimo para la aparición de la Oratoria. Desde la lírica en que el poeta canta como el pájaro, sin regla y sin objeto las más veces, hasta el drama social que reviste una trascendencia imposible de desconocer, pasando por los cuadros vastísimos de la epopeya, la intención de la sátira ó la enseñanza de la comedia de costumbres, hay una escala de tan infinitos tonos, una *gamma* de tantos y tan variados efectos que, bajo el punto de vista de la finalidad, no cuesta ya trabajo pasar á la novela, ni de la novela á la Oratoria, en la cual otra vez los géneros renacen para presentar la transición última por la cual se llega al final de las clasificaciones literarias. Esta continuidad de los géneros sirve también para afirmar, una vez más, que el arte no es otra cosa que *forma pura*, tanto en la novela, cuyo fin moral bien claramente en ocasiones se adivina, como en la Oratoria, cuyo objeto es también exterior al arte, y sobre el cual la forma artística se coloca.

Y es tan claro este principio y tan notable la gradación que dentro de la misma Oratoria se observa, que bien puede afirmarse que si bajo el punto de vista literario se distingue la Oratoria por la forma de la exposición y porque no hay espacio en que crear caracteres, bajo el punto de vista estético hay menos distancia entre una oración y una novela que entre un discurso político y una defensa en

causa civil. Se explica satisfactoriamente esta afirmación recordando la ley expuesta sobre la unidad orgánica del espíritu; lo mismo que los últimos géneros poéticos tocan en la Oratoria, rozan los últimos géneros oratorios con la Historia y con la Didáctica; si no hay solución entre los dos primeros términos de la gran división literaria, tampoco la hay entre los últimos; la evolución que falsea el mundo y las leyes de la naturaleza es legítima y santa en el mundo del espíritu y del arte. Una prueba basta para demostrarlo: quitad á una peroración política ó religiosa el principio y el fin, y sin embargo, se conocerá siempre que fué un discurso; quitad eso mismo á un discurso académico, á una acusación ó una defensa, y parecerá sin inconveniente alguno un escrito de demanda ó un trabajo crítico para una Revista. Ahí teneis en el primer caso la Poesía, en el segundo la Didáctica dentro de la Oratoria; ahí teneis el secreto que enlaza la Lírica con la Historia y la obra doctrinal; la última razón literaria que confirma las enseñanzas estéticas de que el Arte es *forma*, lo mismo en la Poesía que en lo que de arte tienen la Historia, la Didáctica y la Oratoria.

Con estos conceptos, el sentido y significación de la Elocuencia se enaltecen; el orador debe reunir en sí del poeta y del sabio; y á la manera que cada uno por su lado llega á cumplir una misión sagrada, él debe realizar la de ambos; para que el discurso sea perfecto, enlazar la inspiración y la idea, dando á una realidad infinita una forma más grande todavía, y haciendo de la Oratoria, según frase del inmortal Eurípides, *la soberana de las almas*.

A ninguno de vosotros se oculta cuánto y cuánto influyen estas advertencias para las condiciones artísticas que deben cumplirse en los discursos de cada género. Entiendo, como decía Cicerón, que la Elocuencia es *una*; pero no en el sentido que Cicerón lo decía. Es una la Oratoria, como son *unos* los miembros de las clasificaciones todas, sin perjuicio de sus divisiones interiores; pero no está propiamente la distinción de los géneros en el asunto á que se aplican, sino en las condiciones artísticas que para cada uno deben usarse. Así como en la Poesía cada objeto tiene su lenguaje y no se escribe lo mismo un madrigal que un himno heroico, en la Oratoria no reviste iguales caracteres la sagrada que la forense, y es en mi opinión un error en que han incurrido casi todos los retóricos exponer *à priori* las condiciones del discurso para dividir después en géneros que más ó menos levemente se diferencian (1). Juzgándolo todo en la Oratoria producto de la reflexión y del pensamiento, entendiendo que en el discurso no hay

inspiración y su belleza es solo insignificante y pasajera, tal vez tenga razón de ser este sistema; pero desde el momento en que levantemos la Elocuencia á la altura de la inspiración y la Oratoria la coloquemos entre las bellas artes afirmando su carácter de nexo entre la Poesía y la Didáctica, ese método se hace imposible y necesario juzgar antes los géneros oratorios, para tratar del discurso después de examinar cuáles de aquellas se aproximan á la libertad infinita de la poesía y cuáles deben ir sujetos al rigor lógico del pensamiento; en una palabra, qué condiciones deben asignarse á la Oratoria poética y á la Didáctica, á la que convence y á la que persuade.

Aun cuando rara vez dejan de confundirse los géneros oratorios, hay sin embargo rasgos á que puede acudir para fundamentar en ellos una división (1) que se hace necesaria. Teniéndolos en cuenta, y prescindiendo de la clasificación aristotélica seguida por Batteux y por Ballande, y de otra que ha alcanzado gran boga hasta nuestros días, y sólo admite tres términos, estimo que marchando de lo más bello á lo ménos bello, de lo más libre á lo más lógico, puede entenderse la Oratoria dividida en oratoria *sagrada, política, académica y forense*.

Nada más poético ni más grande que la misión y la palabra del orador sagrado. Subido á la cátedra del Espíritu-Santo, llena su alma del fuego de la fé, exaltado unas veces ante un siglo que juzga delirante ó escéptico, lleno otras del nobilísimo entusiasmo de guiar las conciencias, ávido de las santas luchas del espíritu, y herido por la saeta del amor divino, como la cierva de los Psalmos, teniendo ante su vista lo eterno y lo perdurable, lo limitado y lo finito, á Dios por ideal y la conciencia por norma, inflamado del deseo de confirmar á sus fieles y convertir las almas de todos, ¿qué extraño que su palabra se pierda en los espacios, que su voz vibre radiante y pura, que sus imágenes cieguen y deslumbrén, que la grandeza de sus pensamientos abisme y que alcance el último grado de lo sublime con las audacias sin ejemplo de su espíritu ó con los rasgos de ternura de su creencia? ¿Qué mucho que Massillon ó Bourdaloue pudieran en su vuelo de águila coger la esencia impenetrable de lo divino y presentarla vivísima y radiante de hermosura ante sus fieles congregados?

Lo mismo el sermón que el panegírico y que la oración fúnebre, pueden alcanzar esta belleza: en

(1) Mr. Ballande, que sigue la división de Aristóteles, dice que los tres géneros establecen tres grandes divisiones, y no hay discurso importante en que no se hallen reunidos y no dé ocasión á alabanzas y censuras, á exhortaciones ó modos de persuadir, por lo cual se da al discurso el nombre del género que domina (Le Parole, 5º entretiem, pág. 123). Lo mismo afirma Batteux.

(1) Véase la nota IV al final.

todas ellas está Dios, el Dios cristiano con que ha nacido y de que alienta la oratoria sagrada. Que en ella no se trata de convencer, sino de persuadir; que no cabe en ella ni la polémica, ni la pasión personalísima, ni la razón filosófica, sino la inspiración, cosa es que á primera vista se adivina; va al sentimiento y le sacude con la belleza; busca la razón y la llena de lo divino; halla la voluntad y la encadena. Decid vosotros si el pensamiento obedece nunca de ese modo inmediato á la lógica, si la ciencia halla ese efecto secretísimo del arte, ante el cual todas las diferencias se quiebran y todos los antagonismos se deshacen en la unidad divina de la belleza.

En la elocuencia sagrada, todo es arte, todo es poesía; cuando predica la moral, no busca razones teológicas que la prescriban, sino que ofrece ejemplos y súplicas que van al corazón de los oyentes; cuando es panegirista idealiza; cuando es plática, encanta, y cuando toca á Dios y se embriaga en su amor infinito, la palabra falta al orador, y la figura no basta á lo expresado; el genio se sumerge en lo absoluto, y del símbolo brota lo sublime, como de la imagen la belleza.

El cardenal Maury trazó en su libro sobre la *Elocuencia de la Cátedra*, su más bella y expresiva imagen. Allí mostraba por una encantadora alegoría de un amigo que persuade á otro, cómo se insinúa con dulzura, pide ser oído, toma el acento de la piedad, y poco á poco expone sus razones presentando los argumentos de la evidencia con la reserva de la duda: si no se le comprende, se queja, adivina las objeciones y las rechaza, reviste el lenguaje del sentimiento, acude al reproche, descubre el precipicio y lo engrandece con las galas de la poesía, baja hasta la súplica y da libre curso á sus suspiros, y si llega á vencer, se deshace en himnos de regocijo; y después de este retrato pálidamente extractado, pregunta: «Y que, ¿una misión tan divina se limita á los artificios de un retórico? No, sin duda... Degradaría vuestro ministerio si no estableciese sobre las gradas mismas del trono del Altísimo el punto de apoyo de esa palanca que la religión coloca en nuestras manos para mover á un tiempo todos los corazones.»

Pero ¡ah, señores! es tan difícil ser buen orador sagrado; es tan imposible tocar en lo divino sin mancharlo, que son pocos, muy pocos los que lo han conseguido. Lo más grande está al lado de lo más pequeño, y la elocuencia sagrada se ha empequeñecido muchas veces. Pero entonces no hay términos medios: lo infinito, para entrar en lo finito, se destruye, y cuando al púlpito ha subido la pasión política; cuando han faltado alientos al orador para rasgar el misterio de los cielos; cuando de aquella cátedra divina se ha querido discutir ó se han dejado

llevar de retóricas pretensiones, no ha habido ya remedio, y la oratoria sagrada ha caído desde las plantas de Dios hasta la tierra, envilecida y deshonrada, como cae inerte y despeñada por el espacio el ave que perdió la vida entre sus giros.

Un grado más baja que este altísimo grado de la inspiración producida en el espíritu del hombre, esta la oratoria política, del mismo modo que lo que toca á la humanidad está un grado más bajo que lo que á Dios y á lo divino se refiere. Lo que pierde en sublimidad lo gana en vehemencia y apasionamiento, y lo que su objeto tiene de menos alto, lo compensa en extensión y variedad. Cuantos problemas interesan á las naciones; cuantas cosas pueden ser de cuantía para los derechos de los ciudadanos, todo cabe y todo halla lugar en la oratoria política. Tan variá como las pasiones y los afectos del hombre; tan múltiple como la organización de las sociedades modernas; tan viva y tan ardiente como la lucha de los partidos, la elocuencia del Parlamento, del *meeting* y de la prensa hiende los aires como el rayo, chocando y rompiendo leyes, gobiernos é instituciones. En ella sola caben aquellos prodigios de que Cormenin nos hablaba; en ella, como en ninguna otra, se doma al auditorio inquieto y rebelde; en ella se exaltan los odios hasta lo imposible, y por su medio se promueven esas tempestades de la palabra de cuya suerte depende en ocasiones el porvenir y el honor de los hombres y de los pueblos.

Pero así como la oratoria sagrada ha de revestir siempre los caracteres de lo sublime, la elocuencia política puede perder la mejor parte de sus condiciones bellas y aproximarse á la oratoria académica ó á la forense, buscando en vez de la persuasión el convencimiento. Tal, por ejemplo, cuando se discute un plan de Hacienda ó una de esas reformas que afectan intereses puramente civiles, sin llegar á los sociales ó religiosos.

El nervio, el alma de la elocuencia política, es la discusión. Cuando frente al orador que defiende una idea se levanta dispuesto á contestarla otro orador ilustre, y lo mismo que en las luchas de la naturaleza dos serpientes se enroscan y se despedazan, retuercen y despedazan ellos los argumentos contrarios, y excitados por sus propios pensamientos lanzan sus lenguas de fuego sobre esas improvisaciones que son la gloria de la tribuna; cuando la elocuencia es una batalla en que el triunfo es la persuasión del público y en que hay sus astucias y sus heroicidades, su táctica, su fuerza y su grandeza, solo que en vez de pasar sobre cuerpos palpitantes y destrozar campos y ciudades, se pasa sobre las palabras del enemigo y se destrozan sus doctrinas; entonces el hombre presiente la aurora de otras edades más piadosas en que á las terribles carnicerías de la guerra sustituyen las luchas del espíritu



humano, en que no hay más arma ni más violencia que la energía sagrada del pensamiento y los arranques gigantescos del alma.

Las últimas clases de oratoria política, las ménos apasionadas y las ménos bellas vienen á enlazarse con los primeros de la oratoria académica, en cuanto á la relacion de finalidad, distinta á la relacion de belleza, ya que ésta quepa en alto grado en algunas clases de la académica. Justo será confesar, no obstante, que, cuando más esta elocuencia se levanta, es cuando toca problemas en que la ciencia y la teoría se enlazan á la creencia política ó religiosa. Mas hechos como éste, karto repetidos en la práctica, no han de servir para asignar los caracteres en que las definiciones se fundan, sino simplemente, y con tal objeto lo señalo, para no olvidar aquella ley de la unidad orgánica del espíritu humano.

Fallando á ella abiertamente, niegan determinados retóricos este término de las divisiones oratorias, diciendo que de sus subdivisiones, la principal es el elogio, que debe estudiarse en el panegírico, y la ménos importante, memorias y discursos leídos, forma parte de la Didáctica. Ni el elogio es la principal manifestacion de la oratoria académica; ni los discursos leídos forman parte de la Didáctica, por más que enseñen; ni la elocuencia del profesorado está tan desprovista de condiciones especiales que deba pasar desapercibida. La Cátedra, el Ateneo, la Academia, ofrecen siempre el sello de la propaganda, y el esfuerzo de la persuasion y del convencimiento es siempre grande, ya porque se procura atraer inteligencias vírgenes, ya porque se desea rendir en la discusion al contrario.

No se presta la oratoria académica á tanta inspiracion como la política ó la sagrada. Tiende á enseñar ó á convencer, y entra en ella por mucho la razon para que vuele libremente el genio; la pasion vivísima de momento no tiene en ella cabida; pero exenta en cambio de todo carácter de personalidad, tiene amplísimo campo en que desarrollar la elegancia, la correccion y la belleza, campo que aumenta conforme va de la enseñanza elemental á la superior, del discurso escrito al hablado, de la Academia al Ateneo.

Seguramente, bajo el punto de vista de su fin, no sé cuál está más cerca de la Didáctica, si la elocuencia académica ó la forense; pero entiendo que es bien pequeña la diferencia entre ambas. Si la una expone la ciencia para que sea aprendida ó discutida, la otra presenta la ciencia de la ley en casos prácticos y especiales; si la primera enseña y convence, también convence y enseña la segunda: no hay otra diferencia sino que la una tiene por fin inmediato la enseñanza, mientras la otra defiende con sus recursos científicos los intereses de una parte.

En la relacion estética no se ofrece duda de ningún género; cabe más belleza en la académica que en la elocuencia forense. Sin duda que en los negocios criminales pueden tener la pasion y el sentimiento un lugar importante; pero no es propiamente á la ley ni á la causa á quien lo debe, sino á consideraciones morales, políticas ó religiosas, con las cuales procura el abogado, prescindiendo del derecho positivo, vencer los ánimos de los jueces. Ese es el término superior de la oratoria forense, como la discusion de un Ateneo es el término superior de la académica. En los negocios civiles ni aún eso cabe; cuestiones complicadas en que las mallas infinitas de la ley impiden toda amplitud al abogado; asuntos de por sí antitéticos á la inspiracion y al arte, todo parece que conspira á la decadencia de la oratoria forense, que realmente no deja espacio sino para la lógica, la correccion ó la sobriedad del estilo (1). Y sin embargo, puede tanto la inspiracion, que venciendo esos obstáculos, salvando todos esos inconvenientes, han sabido algunos hallar entrada á la pasion, han levantado el hombre sobre la ley, y la idea santa del derecho ha creado en nuestros tiempos grandes oradores forenses, de tanto mayor mérito, cuanto que ni aún campo para ello tenían con la actual organizacion de la justicia. Comparad con los trabajos de esos oradores las defensas y los discursos de otros abogados en igual caso, con igual finalidad jurídica, y despues de ver la diferencia, decid si en la oratoria está todo determinado por el objeto, si no hay en ella inspiracion, y si donde hay belleza no está el arte, tan grande como Dios, de donde nace, sacando sus portentosas creaciones de la nada. Pasad la vista por todos los géneros oratorios; calculad las incalculables bellezas de que pueden revestirse; pensad si es fácil lograrlo solo con el estudio, y despues, confesad sin recelo que la libertad es la ley del espíritu, y que el arte es espontáneo y libre; pero decidlo muy alto, decidlo de la oratoria lo mismo que lo hemos dicho de la poesía; sacudid de toda servidumbre la belleza, no sea cosa que se manche al roce de los vicios y de los errores de las escuelas. Al afirmarlo, no hareis más sino proclamar

(1) Esta falta misma de inspiracion ha hecho considerar esta elocuencia como una excelente escuela para aprender á revestir las ideas en formas oratorias, aún cuando no para producir hombres elocuentes. A esto se referian casi todos los preceptos de la Retórica de Quintiliano, esencialmente jurídica, y no de otro modo la entendia Ciceron afirmando ser buena para formar *non oratores, sed operarios lingua celeri et exercitata*. Maury conviene en lo mismo, si bien reconociendo que por estar el fondo dispuesto lógicamente, es fácil adquirir esta elocuencia, al contrario de lo que sucede en un discurso de moral ó de arte en que, no dividiéndose por sí mismo el objeto, queda todo abandonado á la inspiracion del artista. (V. la nota IV al final.)

una ley divina que vive en la conciencia y que solo enturbian prejuicios y apasionamientos pasajeros.

Hé aquí cómo pasan y se mezclan y confunden unos en otros los géneros oratorios hasta llegar á la Didáctica, arrancando de la Poesía, y cómo gradualmente la inspiración va dejando el dominio á la enseñanza y á la ciencia. Fecundos sobre todo extremo para el estudio de las condiciones del discurso son estos resultados.

El deseo y la afición á imitar las reglas de una elocuencia griega, harto decadente cuando llegó á Roma; el empeño de los retóricos en reducir la oratoria á formas materiales, arrancándole la espontaneidad y la vida; la sustitución de reglas técnicas á la inspiración creadora, produjeron un concepto tal del discurso, que cuatro lugares comunes, expresados en formas huecas, pero ajustadas á todos los preceptos, bastaban para conquistarse el nombre de orador aplaudido. El cuadro tristísimo de la caída de la Oratoria en Roma, elocuentemente descrito por Lammenais, se refleja en Cicerón mismo. Cicerón es grande orador cuando olvida que es retórico, cuando se apasiona y llega á adquirir la energía y la sublimidad de Demóstenes: ¿que comparación admite la oración *Quousque tandem* con la *Pro lege Manilia*? Y sin embargo, no hay retórico que no cite como modelo la segunda.

Frente á estas escuelas; recordando la noble virilidad de la palabra, atacando la oscuridad, la confusión y el énfasis, volviendo por los fueros de lo natural, escribe Quintiliano sus *Instituciones oratorias* (1). La historia de Roma parece ser la historia del mundo, y esta revolución que causa Quintiliano trae en sí los gérmenes de la elocuencia nueva: por eso he recordado sus *Instituciones*. Hay seguramente en ellas doctrinas que hoy no pueden darse por válidas; hay cierta confusión entre el fondo y la forma del discurso, que no debe extrañarnos en quien siendo, no crítico, sino maestro, acertó á dar su división, de exordio, narración, digresión, proposición, división, confirmación, refutación y peroración, no como forma, sino como orden lógico del discurso; no como algo que toca á su belleza, sino como secreto para obtener otro fin distinto del estético: la persuasión que se desea. Cargos, y muy graves, podrían dirigirse á los que malamente se han llamado imitadores de Quintiliano, y aplicando rigurosamente á la forma estas indicaciones lógicas, amenazaban no consentir otra Oratoria que la académica ó la forense, ó reducirla toda al triste estado de que alcanzó á redimirla el ilustre maestro.

Claramente comprendió esto mismo nuestro célebre Capmany, y así no vacila en declarar que la Filosofía, que no es más que la razón, reduce á dos

solamente las partes de la elocuencia, que son: elocución y pronunciación. «En éstas cualidades, dice, se funda el arte de hablar bien, en el cual no se comprenden la invención y la disposición; porque lo primero, como quiera que sea, es la traza del argumento, y el argumento pertenece á la Dialéctica, si no nos queremos desentender de la doctrina que nos dejaron Aristóteles, Platon y Marco Tulio. El fin de la elocuencia es adornar la oración con las galas y luces del estilo, y el de la Dialéctica formar discursos y raciocinios.»

Ved si esta teoría de nuestro afamado retórico comprueba lo que yo me había atrevido á indicaros (1).

Hay partes del discurso, pero es del discurso pensado ó escrito, que tiende á convencer, según acertadamente distingue Bautain; hay divisiones interiores, pero que no proceden del arte ni afectan al arte, sino que arrancan de las condiciones mismas del fondo del discurso, según reconoce M. Ballande; hay un deseo científico de convencer, pero hay también una forma bella; hay inspiración, hay genio, hay arte. El ilustre orador español que aconseja á los oradores se acostumbren á improvisar, ¿cómo había de querer reducir el discurso á esos moldes en que pretenciosamente han querido encerrarle algunos retóricos? Todas esas reglas quintilianas de inapreciable mérito, de utilidad infinita, no son un cánón infalible, son un consejo, y como tales las exponía el maestro: todas esas partes de la obra necesitan ser friamente pensadas, y sirven en un discurso didáctico para suplir con la fuerza del estudio el aliento de inspiración que les falta; son necesarias para el académico, para el abogado. ¿Quién irá á pedirles en la exaltación religiosa de la predicación ó en el ardimiento inagotable de una lucha política? Tanto valdría identificar el estado de inspiración del que escribe un poema con el reflexivo del que trabaja un libro de historia. Olvidar esta distinción capital é interna de la Oratoria (2),

(1) Exponiendo Bautain tal vez este mismo pensamiento de Quintiliano, estudia todo el proceso del pensamiento en el discurso meditado, siguiendo las leyes lógicas con arreglo á las cuales divide la obra, no en arbitrario fragmento, sino en exordio, entrada en materia, desenvolvimiento, crisis ó efecto supremo del discurso, al cual sigue, como final, la peroración ó conclusión. Aun no conociendo el sentido del autor francés, se adivina que esta división es puramente interna, y tiene cabida en la Oratoria por el fondo mismo de ésta, ya que en cuanto á la forma Bautain, comprendiendo sin duda las razones que para ello existen, se limita á lo que en mi sentir debe limitarse la Oratoria: al estudio del estilo y al de las pasiones, magistralmente desenvuelto por Quintiliano.

(2) Bautain, á quien muchas veces me refiero, dice que «en cualquier lugar que se tome la palabra y cualquiera que sea el auditorio, hay algo que decir, indicado por las circunstancias, la manera de decirlo ó plan según el cual se expresa el pensamiento, y en fin, la realización de este

(1) Véase la nota V al final.

aclarada admirablemente por Bautain; prescindir de que unas veces es el sentimiento el que mueve y otras la razón lo que habla, ha sido el error capitalísimo de los que han escrito Arte retórica ó Arte poética. No hay Arte del Arte; no hay más que críticas, consejos y advertencias: la creación artística podrá ser, á lo sumo, regulada, jamás producida; y todo principio que se proclame infalible, toda regla que se dé por inconcusa, ataca la libertad y santidad de la belleza. La Oratoria, como arte bello, lleva en sí misma su medida, y bajo cualidad de bello admite todo dentro de sí, y todo es legítimo y está justificado en ella á condición de que, no produciendo un contraste ó una impresión desagradable, haga decir á los que escuchan: *Non erat hic locus*.

«Si después de haber escuchado á un hombre, pensaba La Bruyère, os sentís mejores, más fuertes y á la vez más indulgentes; si la bondad penetra en vuestra alma á un tiempo que la luz se hace en vuestro espíritu, no busqueis otra razón más para juzgar al orador: es elocuente.»

Esas son las únicas reglas á que la Oratoria debe por su forma atenerse, y serán eternas por su verdad maravillosa las páginas nunca bien celebradas que sobre ello escribe Quintiliano.

«Fáltame aún, dice el ilustre escritor al terminar el estudio de las partes del discurso, tratar lo que concierne á las pasiones en general, materia mucho más difícil y que tiene por objeto el arte importantísimo de conmover el espíritu de los jueces, de manejarlo y para decirlo de una vez, de metamorfosearlo á gusto nuestro. Es preciso considerar esta materia desde la altura que se merece y estudiarla desde su principio, porque, como llevo dicho, las pasiones se extienden á todas las partes del discurso (1). Su naturaleza es muy compleja para poder

plan por el discurso compuesto y pronunciado delante de los mismos que se quiere convencer.»

«Así, en el discurso hay tres cosas que considerar:

1.ª El objeto dado por las circunstancias, la preparación del plan ó la organización del discurso, por el cual se toma posesión del objeto.

2.ª La impresión de ese plan fijado por la pluma en el papel ó la cabeza del orador, donde debe estar escrito de una manera viva.

3.ª El discurso mismo ó la realización sucesiva y completa por la palabra del plan preparado.»

Téngase en cuenta que Bautain da sus ideas como consejos y no como preceptos, y que á renglón seguido advierte que las dos primeras operaciones se fundan muchas veces en una sola, que se cumple en un momento, y podremos añadir el testimonio del distinguido escritor al de los que afirman la libertad dentro de la elocuencia.

Otro autor francés, M. Ballande, en su libro *La Parole*, viene á confirmar esta misma consideración. (Quinto entretien, pag. 115.)

(1) Si pudiera dudarse todavía de la imposibilidad de prescribir reglas minuciosas al arte, bastaría para convencerse de ello la relación entre el tono y la acción oratoria y las pasiones. El Arte de la declamación ó de la lec-

ser tratada de paso, y puede decirse de ellas que son lo más importante del arte oratorio; un espíritu mediano, con ayuda de los preceptos y de la experiencia, basta para las demás partes y hasta para sacar de ellas ventajas bastante considerables. Seguramente se ven y se han visto oradores suficientemente hábiles para encontrar pruebas y razones; no desprecio su mérito; pero creo que no se extiende más allá del que sirve para instruir á los jueces y hacer que nada se olvide; y para decir lo que me parecen esos oradores, los creo dignos de los que no ambicionan otro talento que el de defender una causa con orden y elegancia. Pero hacerse dueño de las costumbres, volverlas á su gusto, arrancar lágrimas ó excitar la cólera con palabras, es ya más raro. Por esto el orador domina; eso es lo que imprime movimiento á la elocuencia; por que los argumentos nacen las más veces del fondo del asunto, y cuanto más justa es la causa, tantos más contiene; de modo que el que haya ganado por medio de estos argumentos puede decir que no ha carecido de abogado. Cuando es necesario hacer violencia al espíritu de los jueces y separarlos de la verdad es cuando comienza realmente la obra del orador, y esto es lo que el litigador no enseña ni pueden enseñar sus notas. Las pruebas hacen en verdad que los jueces juzguen mejor nuestra causa, pero hacen que la juzguen según ellas, mientras lo que se quiere se cree al

tura, harto descuidado por desgracia entre nosotros, no está dentro de la Retórica, sino que es un estudio aparte cuyos resultados se aplican á la Oratoria, según la pasión, el interés ó la necesidad del momento. «Sabemos, dice Mr. Ballande, lo que es este arte, con el cual un hombre puede ejecutar las composiciones habladas, como un artista las de un instrumento. Hasta ese punto hay que llegar para poner en acción todos los géneros literarios, puesto que cada uno requiere su tono y sus movimientos particulares. Se cuentan veintitres: la epopeya, la oda, la elegía, la epístola, la fábula, la balada, el epigrama, el epitalamio, el rondó, el TRIOLET (*), el soneto, el himno, todos en verso, la tragedia, siempre también en verso; la comedia, el drama y el cuento, en verso ó prosa; el vaudeville, la defensa, el discurso, el sermón, la conversación, la lección, la historia y la carta, siempre en prosa. Hé aquí veintitres tonos que añadir á los ocho de cada discurso, á los otros diez y ocho y á las veintidos inflexiones de las cuarenta y dos figuras de palabra y de pensamiento que hemos reconocido en nuestra última conferencia, y tendremos setenta y cinco modificaciones analizables de la voz.» Separemos de aquí las escasas peculiares á la prosodia francesa que no existen en nuestro idioma, y aún nos queda un número considerable de inflexiones. (Véase nota VII.)

Téngase en cuenta que estas se rigen por la naturaleza de las ideas y de los sentimientos, y entendida la inmensa amplitud de materias que caben en un discurso, se comprenderá, como observa atinadamente M. Ballande, lo imposible de precisar las reglas de la pronunciación para cada caso.

* No tiene traducción cabal á nuestro idioma.

mismo tiempo, porque desde que comienzan á entrar en nuestras pasiones y á dejarse llevar de la cólera ó del favor, del odio ó de la piedad, hacen de nuestra causa la suya propia, y á la manera que los amantes juzgan mal de la belleza por que el amor los ciega, lo mismo el juez á quien la pasion domina pierde fácilmente la facultad de discernir lo verdadero de lo falso; el torrente le empuja y se deja llevar.....

Dirija el orador todos sus esfuerzos á este objeto: que sea esta su obra, su trabajo, sin lo cual todo lo demas será desnudo, vacío, débil é ingrato. ¡Tan cierto es, que las pasiones son el alma y la vida de la elocuencia!» (Quint., lib. vi, cap. ii.)

No son mias estas frases, son de Quintiliano; pero en ellas teneis la prueba más completa de lo que ántes os adelantaba: el juego, el uso de las pasiones; en una palabra, el arte, la creacion, es lo que constituye la elocuencia; lo demas, ya lo habeis oido, ni hace oradores, ni proviene de otra cosa que del fondo mismo del discurso (1).

Distingue á seguida el ilustre retórico romano entre el *pathos* y el *etos*, entre la pasion arrebatada y vehemente, y la dulce y tranquila á que llamaban los romanos *costumbre*, y estudiando con serena imparcialidad las diferentes clases de éstas, termina aconsejando las condiciones de estilo que deben acompañar á cada una en relacion con su carácter, lo que vale tanto sin duda como establecer la condicion de forma de la oratoria y la condenacion de todo contraste entre esa forma y el fondo. Y en este mismo punto, tratando de las pasiones, como para acabar de proscribir todo lo artificial y pasajero, proclama Quintiliano que «el mejor secreto para conmover á los demas, es estar conmovido uno mismo.» Con análogo criterio habla de la *fan-*

(1) Nadie, despues del ilustre orador romano, ha penetrado con más acierto el estudio de las pasiones consideradas especialmente en sus relaciones con la pronunciacion y con la disposicion del orador, que M. Ballande en su libro ya citado.

Por lo demas que á este punto se refiere, no creo cuestion siquiera, por más que así lo afirmen retóricos y críticos insignes, si es ó no legitima la pasion dentro de la Oratoria. Con pensar sólo el lugar que esta ocupa en la literatura, basta para resolver este problema, y á los que no se dieran por esto por convencidos, podría recordarles que si algunos filósofos ilustres, y entre ellos Kant, han pretendido menospreciar el uso de las pasiones, el desarrollo de la elocuencia en la historia condena tales errores, haciendo ver que por ellas se produce y á ellas se debe la mayor belleza del discurso, hasta el extremo de que, siguiendo el impulso que nos imprimen, nos sentimos como arrastrados por un instante de deslumbramiento hácia un error ó una utopia del cual el juicio ético posterior del mismo discurso nos libra. La universalidad é inmediatez de la expresion de la belleza es la razon de este que, á primera vista, parece un misterio cuya aclaracion se nos oculta.

tasia, de lo que debe durar cada pasion segun su carácter, de la lentitud de las transiciones para que su brusquedad no lastime al auditorio, de lo que él llama el talento más difícil, de la *risa* con que se destruye un gran efecto oratorio, y para cuyo uso es necesaria exquisita prudencia, y de la *burla* con la que precisa más cuidado todavía y mayor conocimiento del auditorio, para terminar confirmando estas doctrinas en lo que dice de la discusion. Tales, en mi creencia, lo que á la forma de la elocuencia toca: el uso de las pasiones relacionado con aquellas tres clases de estilo que señalaba tambien Capmany. Si á convencer se dirige, el método va determinado por el fondo mismo, y por su ordenamiento lógico se endereza y arregla el discurso (1), y claro es, por consiguiente, que esta division y ordenacion de partes estará en razon del objeto, y no será condicion artística sino exigencia de sus propósitos ocasionada. La base sobre que puede juzgarse la oratoria ha de ser esa relacion entre el genio y la lógica, entre la razon y la inspiracion, cuyas proporciones variarán necesariamente segun el género oratorio á que cada discurso pertenezca.

Si las *Instituciones* oratorias se perdieran; si todo aquel magnífico cuadro de la elocuencia romana se olvidara, aún quedaría su libro VI como una obra universal, como el secreto de la oratoria de todas las edades, como el arte de la pasion, como estudio hecho, no por el retórico de Roma, sino por el hombre de observacion profunda y que conoce el corazon humano y lo que en él influye la belleza.

Reunid las enseñanzas de este libro eterno con el concepto de libertad de la belleza que trae la estética moderna, y no busqueis más cánon ni más regla para la oratoria. La inspiracion la promueve, la belleza la dirige, la razon la aconseja tan sólo, y libre, tan libre cuando es verdadera, como toda concepcion artística, espera sólo para producirse que la impresion del instante la sacuda, y el alma del orador se desborde como el rio espera un obstáculo para convertirse en cascada, ó la lira una mano que la pulse para resonar blanda y melodiosamente.

EMILIO REUS Y BAHAMONDE.

(1) M. Ballande, apoyándose en textos de Leclere, Colin Fenelon y Quintiliano, penetra las relaciones entre el uso de cada pasion y cada parte del discurso con la pronunciacion y la accion oratoria en uno de los más bellos pasajes de su libro. (V. nota II.)

HISTORIA

DE LA REVOLUCION DE RUSIA EN 1762.*

(Continuacion).

Panine y la Princesa tenían igual modo de pensar en orden al gobierno de su país; y si la Princesa odiaba, por carácter y temperamento, la esclavitud, el conde, que habia pasado catorce años en Suecia como ministro de Rusia, sentía cierta buena voluntad por algunas máximas republicanas. Ambos se unieron, pues, en la resolución de arrancar su patria al depotismo; y la Emperatriz parecía como que los animaba á perseverar en aquel su mutuo propósito. En vista de lo cual redactaron un papel, donde se asentaban las condiciones bajo de las cuales los grandes del Imperio destituirían á Pedro III, y por eleccion solemne darian la corona á su mujer con autoridad limitada; esperanza que atrajo á la conspiracion gran número de nobles; y como iba adquiriendo cada dia más verosimilitud la idea de aquel proyecto que Catatina sólo habia empleado por vía de seducción, comenzó á deplorar que la hubiesen hecho ir más léjos de lo que se propuso en un principio.

VII.

Comenzaron entónces á mezclarse y confundirse las dos intrigas, porque segura la Princesa de los grandes, trataba de atraerse á los soldados, mientras seguro Orlof de los soldados hacía tentativas entre los grandes; y por esta causa se encontraron más de una vez ambos desconocidos en los cuarteles, y se miraron con inquieta curiosidad. Prevenida del suceso la Emperatriz por la de Aschekof y su amigo, creyó que habia llegado el momento de enlazar sus trabajos, dándoles unidad de accion, y tuvo el acierto, al hacer esto, de fortificarlos mutuamente y quedar dueña de todo el movimiento.

Aleccionado por ella, se hizo buscar Orlof por la Princesa, y esta jóven, persuadida de que los sentimientos que la movian estaban en todos los corazones, no vió en aquel jefe de facciosos sino un ciudadano celoso del bien de la patria, sin sospechar siquiera que tuviese acceso directo con la Emperatriz; y desde aquel momento, sin dejar de parecer el hábil conspirador agente de la de Aschekof, se alzó con la jefatura de la empresa.

Mas, tan luego como se halló iniciado en los consejos de los grandes, se opuso resueltamente á todos sus proyectos, y les dijo con la mayor firmeza que no toleraría imposicion alguna de concesiones

á su Soberana, añadiéndoles que «al dar la Emperatriz su palabra de redactar por sí misma el código de sus derechos, debian creerla, y que, por lo demas, obrasen como quisieran, pues él era dueño de los soldados, y él y los guardias bastarian por sí solos en caso necesario para sentarla en el trono.»

Sus cómplices se vieron entónces obligados á ceder al que tenía la fuerza en sus manos, dándose por satisfechos con las vagas promesas que hizo la Emperatriz de asegurar su libertad.

Mas no porque pasaran estos tratos con la milicia y la aristocracia descuidaban los conspiradores al pueblo, y á fin de inspirarle el espíritu de rebelion, hicieron circular entre las masas las noticias más alarmantes de provincias, como, por ejemplo, que toda la nacion se habia levantado en armas, que los esclavos del clero se amotinaban en las aldeas y lugares, negándose á prestar obediencia al nuevo edicto, y que los tártaros de Crimea se hallaban acampados en la fronteras del Imperio, dispuestos á traspasarlas tan luego como el monarca hubiera salido del país con sus ejércitos para emprender aquella guerra desatentada y loca que se proponia y que tan extraña era á los verdaderos intereses de la patria. Y no solo circulaban estos rumores, mezclados de verdad y de mentira, con rapidez extraordinaria, cual siempre acontece en aquellos Estados donde se hace odioso el gobierno, y en que el general descontento se alimenta y satisface solo de las cosas que pueden halagarlo y enconarlo más, sino que eran el objeto de las conversaciones de todos, y esto en un pueblo como el ruso, que jamás se ocupa de negocios públicos y en el cual mostrar curiosidad por ellos podria ser castigado de muerte, constituia por sí solo un principio de revolucion. Por otra parte, con la prisa que mostraba el Emperador de salir á campaña, descuidaba de coronarse en Moscou, conforme á la costumbre tradicional de los Czares, y esto era causa de que casi públicamente y en voz alta se dijera que podia ser destronado un emperador que miraba la consagracion con tanta indiferencia.

Al propio tiempo, hacia saber la Emperatriz á los ministros de las cortes cuyas alianzas habia su marido abandonado, que la indignaba su perfidia, y se ponia en condiciones de pedirles el dinero que ya iba siéndole cada vez más necesario para desarrollar completamente sus planes. Estos diplomáticos, y sobre todo el baron de Breteuil, embajador de Francia, acostumbrados de muchos años atras á dirigir y manejar los ánimos del país, se ocupaban en aquella crisis de los negocios generales, de neutralizar en lo posible los efectos de los planes á que Pedro III se dejaba llevar por los enemigos de sus soberanos. Demas será decir que acogieron gustosos la ocasion que les brindaba el suceso; y áun

* Véanse los números 196 y 197, págs. 688 y 715.

cuando les ligaba en cierto modo la voluntad las órdenes de sus gobiernos respectivos, que les prescribían tomar poca parte en aquellos movimientos, trabajaron con tanta actividad como éxito para dar á la Emperatriz el mayor número posible de partidarios. A su vez, los ministros amigos del Emperador, con el afán de acelerar su partida, se entregaban, por serle agradables, á las inmoderadas fatigas de su corte; y mientras que tantas intrigas y amañes se tejían, ellos, sin advertirlo, estaban sólo atentos al éxito de sus negociaciones, y distraídos viendo desfilar las tropas, disponerse la escuadra, rodeado el Monarca de todas las fuerzas del Imperio y señalado ya el día de la marcha.

Los conjurados disponían, pues, de un partido numeroso y de recursos pecuniarios; y en la ocasión misma en que el peligro se hacía inevitable y grave por demás, no parecía, tal era el secreto y habilidad con que todo se tramaba, que se hubiera formado conjuración alguna. Así, los que conocen prácticamente al pueblo ruso como antiguos conspiradores, afirman que de esta suerte es preciso conducirse siempre en tales empresas; porque aún cuando los naturales del país son muy ocasionados á las conspiraciones á causa de la forma de gobierno que los rige, de la natural inclinación que tienen al secreto y también de la paciencia que muestran en los suplicios, los odios implacables que reinan entre las familias y la excesiva desconfianza con que se miran todos, hacen que sea imprudente por demás el acercar y reunir á los conjurados, que por tal manera vendrían á ser cómplices unos de otros, conociendo cada uno el papel de los demás. Por otra parte, el hábito de ver pasar de las clases más humildes y aún abyectas á las más altas dignidades, como quiera que da á cada uno el derecho de pretender para sí mismo igual favor, haría también peligroso el mostrar los jefes cuyo próximo engrandecimiento pudieran sospechar; siendo lo único que aconseja la prudencia el asegurarse de cada uno particularmente, colmándolo de esperanzas, y no acercándolo á sus compañeros sino en el momento de la ejecución y del peligro.

Si se quería un asesinato, el asesino ya estaba pronto; que el capitán de guardias Passig se había puesto de rodillas á los pies de la Emperatriz para pedirle una palabra que lo autorizase á dar de puñaladas al Emperador en medio del día y al frente de sus tropas. Este hombre, y otro de su mismo temple llamado Baschekakof, habían querido, de su propia voluntad, sin ser concitados por nadie, quitar la vida al Monarca; porque, como tuviera la costumbre de pasear algunas noches con su favorita hácia una casa deshabitada y solitaria, la primera que Pedro el Grande mandó construir en las islas donde echó los cimientos de San Petersburgo y que por esta

causa conservan los rusos con veneración, allí lo esperaron estos dos malvados, aunque sin poder realizar su plan las dos veces que lo intentaron. Por otra parte, varios conjurados escogidos visitaron un día las habitaciones del Emperador, sirviéndoles de guía el conde Panine, y reconocieron su alcoba, su lecho y todas las puertas. Después de largas y maduras reflexiones, la idea que prevaleció fué la de venir en número bastante una de las noches inmediatas, y, si era posible, llevarse al Monarca; pero si resistía, darle muerte á puñaladas, convocar los grandes, para dar á su destitución ciertas apariencias jurídicas, en tanto que la Emperatriz, que habría parecido no tomar parte alguna en la revolución, fingiría ceder sólo á las repetidas instancias y ruegos de sus pueblos, recibiendo por tal manera en una proclamación voluntaria y unánime los derechos que por ningún título le pertenecían. A este fin iban dirigidos sus esfuerzos, mientras, invisible á los demás conjurados, gobernaba y regía los resortes de la conspiración envuelta en el misterio. Y tanto esmero puso en el disimulo, y tanto empeño tiene en persuadir de su inocencia de lo que pasó entonces, que, aún al presente, después de los actos públicos á que se vió forzada en aquella sazón, procura siempre, por cuantos medios son imaginables, mantener viva esta idea en el ánimo de todos.

El Emperador se hallaba en una casa de campo á doce leguas de la capital, y la Emperatriz, temerosa de suscitar sospechas si continuaba residiendo en San Petersburgo durante la ausencia de su marido, se retiró también á una quinta de recreo. Así las cosas, y señalado por el Monarca el día de salir para la guerra, que sería después de su regreso, y también por Catalina para entonces el momento de poner sus proyectos en ejecución, estuvo la trama á punto de quedar rota y deshecha por el celo exagerado, y por decirlo así, fanático del capitán Passig. Porque, violento siempre y descomedido en palabras, habló de la conspiración inadvertidamente á presencia de un soldado á quien acababa de maltratar, el cual fué á delatarlo sin más tardanza á la cancillería del regimiento. A consecuencia de esto, quedó Passig arrestado el 8 de Julio á las nueve de la noche. En seguida salió á escape un mensajero llevando la noticia á la Emperatriz.

VIII.

Sin una precaución que había tomado el piamontés Odart, de la cual sólo tenía conocimiento la princesa de Aschekof y que consistía en hacer vigilar á cada uno de los cómplices por un espía, todo estaba perdido sin remedio; pero, merced á este recurso, pudo saber la joven Princesa la prisión de Passig un cuarto de hora después de hallarse arrestado el capitán. Hizo venir á su casa al conde Pani-

ne, y le propuso comenzar sin más tardanza la ejecución del plan, en términos parecidos á los que otro tiempo emplearon los Romanos en igual coyuntura, diciéndole: «que se hacía necesario sublevar en el acto pueblo y ejército; que los cómplices se reunirían; que la explosion de las cosas imprevistas domina las inteligencias y arrastra las multitudes; que nada tenía prevenido el Emperador para contrarrestar un esfuerzo semejante; que los más bizarros se sorprenden y ceden á la vista de un inesperado y repentino suceso; y que Pedro no podría resistir un instante á la violencia del golpe. ¡Cuántas cosas reputadas imposibles en la deliberacion se ejecutan y llevan á término feliz porque hay la osadía de acometerlas! Por otra parte, ¿cómo esperar ya secreto cuando tantos eran sabedores de él y estarían bajo la influencia del temor? Si la fe de los juramentos puesta en la disyuntiva del suplicio ó de la recompensa es quebradiza y deleznable como el vidrio, ¿á qué aguardaban? Si la muerte era segura y además ignominiosa, ¿cuánto no era más noble perecer abrazados á la patria, invocando la libertad; perecer por la causa del ejército y del pueblo, si ellos la abandonaban, muerte digna á la par de sus antepesados y de la inmortalidad?»

No siguió este consejo el conjurado romano, y murió á manos del verdugo. El ruso pensó también «que un golpe precipitado acabaría de perderlo todo; que, aun cuando lograsen poner en armas á San Petersburgo, esto no sería sino el comienzo de una guerra civil; que el Emperador se hallaba cerca de una plaza fuerte, con una escuadra prevenida, 3.000 hombres de sus tropas particulares holsteinesas, y todas las que diariamente desfilaban para incorporarse al ejército expedicionario; que la noche ninguna ventaja ofrecía, puesto que en aquel clima y en aquella estacion las noches son claras como los días; que la Emperatriz no podía llegar antes de la mañana; que era necesario estar atento y prevenido para los sucesos, y que habria espacio al otro día de ajustar á ellos la conducta que debiera seguirse.» Tal pensó y dijo el conde Panine, que siempre contemporiza, y se fué á dormir.

La de Aschekof le dejó hablar, y tomó para sí una resolucion. Era la media noche. Esta mujer de diez y ocho años, se viste de hombre; sale sola de su casa y se dirige á un puente donde se citaban los conjurados. Allí estaba Orlof con sus hermanos. Place ver cómo la fortuna secundaba y servía la vigilancia. Porque si al saber la prision de Passig y oír la proposicion de rebelarse en el acto todos quedaron inmóviles y mudos, presto sucedió á este primer impulso de temor el entusiasmo, conviniendo unánimes en seguir el parecer de la Princesa. Uno de los hermanos, á quien la cicatriz de una terrible cuchillada en la cara habia hecho apellidar-

le *Acuchillado*, soldado raso entónces, que sería de singular belleza si la expresion de su semblante fuera ménos feroz, y que unia la agilidad á la fuerza, fué despachado por la Princesa con un billete para la Emperatriz que contenía estas palabras: «Venid, señora; el tiempo urge.» Los demás, juntamente con la de Aschekof, pasaron la noche preparando la sublevacion con tal presteza y habilidad que, al llegar la Emperatriz, todo estaba dispuesto de modo que si una imprevista circunstancia hubiera detenido el curso de los sucesos, no habria delatado la conjuracion ninguna imprudencia. Además, previendo que la empresa pudiera fracasar, aseguraron la evasion de Catalina á Suecia. Por su parte, Orlof y su amigo cargaron cada uno una pistola, y se las cambiaron, prometiéndose mutuamente de no hacer uso de aquellas armas sino en sus peligros más extremados, reservándolas sobre todo, en caso de ser vencidos, para darse la muerte el uno al otro. La de Aschekof nada previno para ella; que la era el suplicio indiferente.

Hallábase la Emperatriz á ocho leguas de la capital, en el palacio de Petershoff; y con el pretexto de que su marido, á quien se aguardaba el mismo día, quedase con más libertad y desahogo en la régia mansion, y fingiendo temor de ser molesta á Pedro y á su corte, se retiró á un pabellon algo apartado del edificio principal. Este pabellon, edificado á orillas de un canal, comunica con el rio; y un bote amarrado al pié de las ventanas de la Emperatriz podia á la primer alarma servir á su evasion.

Orlof, el *Acuchillado*, á quien su hermano habia enseñado las más secretas revueltas del jardin y del pabellon, llegó á Peterhoff, despertó á su soberana, y pensando en aquel momento usurpar en beneficio de su familia toda la gloria de la revolucion, tuvo la audacia y la habilidad de sustraer el billete de la Princesa, y dijo á Catalina en la primer sorpresa del despertar: «Señora, no hay tiempo que perder; venid.» Y sin atender respuesta, salió de la cámara, bajó y desapareció.

Saltó la Emperatriz de su lecho, y entre confusa y atónita se vestía maquinalmente, sin saber qué hacerse, cuando aquel mismo soldado, cruzando á caballo los caminos del parque con la rapidez del relámpago, volvió al pabellon y la dijo, señalando con el dedo: «Allí está el carruaje.» Y entónces Catalina, como si se dejara llevar, sin haber tenido tiempo de darse cuenta de lo que la sucedía, apoyada en el brazo de Catalina Ivanowena, corrió hácia la puerta del parque. Allí encontró un carruaje que Orlof habia ido á buscar á una finca de las cercanías, donde por encargo de la princesa de Aschekof estaba prevenido y dispuesto á todas horas, ya fuera porque la impaciencia de los guardias ha-

cía presentir el inmediato estallido de la conjuración, ya para tener un medio más de salvar á la Emperatriz de cualquier peligro que la amenazara, y á este fin tenían preparados caballos de refresco hasta la frontera.

Partió el carruaje, guiado por labriegos, y arrastrado por ocho caballos tártaros de alquiler, los cuales, á pesar de esto, corrieron con gran rapidez camino de la capital. Y tanto se repuso Catalina de su primera sorpresa, y tan anchamente recobró la libertad de su ánimo, que pasó una parte del camino riéndose con su camarista de cierto desorden que advirtió en el traje de ambas.

Divisaron entónces á lo léjos un carruaje abierto que se dirigia hácia ellos á todo correr; y como el camino lo era también del sitio donde se hallaba el Emperador, tuvieron un momento de inquietud. Era Orlof, el favorito, que venia al encuentro de su dama, y que, despues de haberle dicho: «Todo está prevenido,» volvió riendas. Y así corrian hácia San Petersburgo en el primer carruaje Orlof solo, la Emperatriz y la camarista en el segundo, y detras el *Acuchillado* con un soldado que le acompañaba.

Cerca ya de la ciudad encontraron á un tal Miguel, criado frances de la Emperatriz, á quien esta dispensaba singulares mercedes, dignándose entre otras cosas, de ser su confidenta y de hacer criar todos sus hijos bastardos; el cual iba para la hora del tocador de la Emperatriz, y al reconocerla lleno de sobresalto, en medio de aquel extraño cortejo, quedó turbado y confuso, creyéndola prisionera de orden de su marido. Pero; adelantando Catalina la cabeza por la portezuela, sacó á Miguel de su atonía, gritándole: «Sígueme;» y siguió el criado á su ama, persuadido de que iban todos camino de Siberia.

De esta suerte, y para reinar despóticamente sobre el Imperio más dilatado de Europa, llegó Catalina á San Petersburgo entre siete y ocho de la mañana, bajo la fe de un soldado, conducida por campesinos, llevando á su amante por guia, y acompañada de una camarista y de su peluquero.

IX.

Menester fué atravesar toda la ciudad para ir á los cuarteles que la rodean hácia el Oriente, formando por aquella parte un verdadero campamento, y se dirigieron, sin perder un instante, á las dos compañías de Ismailof que habian ya jurado. Aun no habian salido los soldados de las cuadras, porque temerosos los jefes de que su impaciencia frustrase la revolucion, amotinándose ántes de la hora conveniente, los guardaban con gran cuidado. Apeóse la Emperatriz orilla del camino que pasa por delante de los cuarteles; y mientras los conductores corrian á anunciar su llegada, cruzó ella del brazo

de su camarista el gran trecho que separa los cuarteles del camino. Llega y la recibe un peloton de hasta treinta soldados que salian en tropel de las cuadras, unos en mangas de camisa, otros acabando de vestirse. Al verlos, Catalina palidece y siente un estremecimiento de terror; pero en este instante, más bella y conmovedora que nunca, les dirige la palabra, y les dice «que se pone en sus manos para que la defiendan, porque el Emperador ha dado la orden de quitarle la vida con su hijo; y que los asesinos vienen en pos de ella y del Gran Duque heredero para cumplir el mandato del Czar.» Seducidos los soldados, prorumpieron en vivas exclamaciones, y juraron unánimes morir en su defensa; y como acudieran al tumulto los oficiales y se hiciera el motin general, Catalina se aprovechó de aquel movimiento para consagrar, por decirlo así, la revolucion naciente, y mandó venir al efecto el capellan con un crucifijo. Acudió el *Pope* temblando, y sin saber lo que hacía, recibió sobre el emblema de la redencion el juramento de los soldados. Llegó entónces el conde Rozamouski, más fiel á su persona que á la amistad del Emperador, y de allí á poco el general Volskonski, sobrino de aquel canceller que perdió la privanza del Monarca por haber sido, además de otras cosas, tan decidido partidario de Catalina; el conde de Schouyalof, que, bajo el último reinado, habia hecho uso de singular moderacion cuando más alto estaba su favoritismo, y á quien la memoria de Isabel hacía tan amable á los soldados; el conde de Bruce, primer mayor de los guardias, y el conde Strogonoff, cuya esposa, como asimismo la condesa de Bruce, célebres ambas por su hermosura, se hallaba á la sazón en compañía del Czar, y designada entre las que debian ser, segun el público rumor, separadas definitivamente de sus maridos y unidas á otros. Y como hubiera entre aquella primera multitud que rodeaba á Catalina varios que mostrasen con sus palabras el deseo de proclamarla Emperatriz-Regente, Orlof acudió á ellos y les dijo que «no debian hacerse las cosas á medias, ni ménos exponerse á subir al caldoso para tener que proseguir la obra comenzada otro dia; y que al primero que se atreviese á pronunciar la palabra Regencia, lo mataría por su mano.»

El mayor Chapelof, con quien se contaba, no llegó; y con este motivo dispuso la Emperatriz (esta fué su primera orden) que «le dijese, al reducirlo prision, que no hacian ya falta sus servicios.» Los oficiales subalternos, entretanto, iban acudiendo á sus compañías, y haciéndoles tomar las armas, siendo digno de notarse que del número considerable de oficiales que se habian comprometido á ir, solo uno, llamado Pouskine, tuvo la debilidad ó la desgracia de faltar á la cita. Recorria la Emperatriz

esta especie de campamento formado por los cuarteles, é inspeccionaba cada uno de los tres regimientos de los guardias de infantería, soldados tan temidos de sus soberanos que, si cuando en la época de Pedro el Grande, y por ser todos extranjeros, constituyeron su más firme baluarte contra las facciones rusas, despues, aumentado su número, y siendo naturales del país, habían dispuesto ya tres veces de la regencia ó de la corona. Pero como se acercase al cuartel de Simonoski á la cabeza del regimiento de Ismaïlof, los soldados, temerosos del peligro que pudiera correr Catalina, y conmovidos en su favor con la relacion de sus desgracias, no la permitieron continuar así, sino que formaron un cuadro y la colocaron en el centro. Por lo demas, en los cuarteles, solo dos oficiales del regimiento de la Ascension Preobasinski se opusieron al movimiento, quedando desde luego arrestados. Al pasar por delante de la prevencion de este cuartel, recordó á Passig, que se hallaba detenido en ella, y mandó ponerlo en libertad; mas el conspirador prisionero, que ya estaba prevenido y dispuesto á sufrir las mayores violencias sin revelar nada que pudiera comprometer á sus cómplices, sorprendido con la nueva tan inesperada del suceso, tuvo, sin embargo, fuerza de voluntad bastante para reprimirse, desconfiar y temer que no fuese una emboscada para sorprender en su actitud ó en sus palabras una confesion implícita de la conjuracion, y se negó á salir del calabozo. Creyendo terminada la obra los tres regimientos, al verse reunidos, gritaron *hourral* y pidieron besar la mano á la Emperatriz, cosa en la cual no vino Catalina, haciéndoles comprender bondadosamente, para calmar su loco entusiasmo, que tenian en aquellos instantes mismos asuntos más graves de que ocuparse. Orlof habia ido en busca del regimiento de artillería, tropa numerosa y temible, la mayor parte de cuyos individuos llevaba al pecho un distintivo por haberse hallado en sangrientas batallas contra la Prusia, creyendo equivocadamente que su cargo de cajero del cuerpo le daba el predominio necesario sobre los soldados para hacerles empuñar las armas contra el soberano y unirse á los demás sublevados; pero se negaron á seguirle, no reconociendo más autoridad que la de su jefe, el general Villebois.

Era éste el gran maestro de artillería é ingenieros, emigrado frances, hombre de extraordinario valor personal y de intachable probidad. Fué algun tiempo amante de Catalina, y aún por entonces él creia vivir en sus recuerdos. Por mediacion suya logró ella, en la época misma de su desgracia, que obtuviese Orlof el cargo de cajero, tan conveniente á sus miras; mas queriendo sin duda Orlof romper todo vínculo entre este hombre y la Emperatriz, lo

habia excluido de la conjuracion. Hallábase ocupado en trabajos de su profesion con otros oficiales de ingenieros, cuando uno de los partidarios de Catalina llegó y le dijo «que la Emperatriz, su soberana, le mandaba ir al cuartel de Guardias, donde se hallaba, para recibir órdenes.» Sorprendido Villebois de aquel mensaje, preguntó «si habia muerto el Emperador.» Mas el emisario, sin responder á esto, repitió sus primeras palabras, lo cual oido por Villebois, exclamó volviéndose á los oficiales:—«¡Somos mortales!—y siguió al ayudante.

Villebois, que hasta entónces habia vivido en la feliz ilusion de ser amado de Catalina exclusivamente, al llegar á los cuarteles y verla rodeada de aquella multitud, sintió, al par de un gran despecho y de la mayor inquietud, que aquel proyecto tan vasto se hubiera fraguado sin su conocimiento; y como adoraba á su soberana, buscando el modo de encubrir sus quejas bajo la excusa real ó fingida de las dificultades que tendria para secundar la empresa por no haber estado ántes en el secreto, la dijo: «Señora, hubierais debido prever...» Pero Catalina se apresuró á interrumpirlo, y le contestó con altivez: «Os he mandado buscar, no para que me digais lo que yo hubiera debido prever, sino para preguntaros qué pensais hacer en este caso.» Villebois cayó de rodillas á los piés de su soberana, diciendo: «Señora, obedeceros;» y partió á todo correr de su caballo para sublevar sus soldados y entregar con ellos los parques á la Emperatriz.

De cuantos tenian amistad y cariño al Emperador, solo uno, el príncipe Jorge de Holstein, su tío, se hallaba en la ciudad; y cuando, prevenido por un ayudante de los sucesos que tenian lugar en los cuarteles, se vestia precipitadamente, quedó preso con toda su familia.

RULHIÈRE.

Trad. de M. JUDERÍAS BENDER.

(Continuará.)

LA INFLUENCIA

DE LA VOLUNTAD EN EL DERECHO.

SEÑORES: La sábia ley de nuestros Estatutos nos reúne hoy con extraordinaria solemnidad para dar una vez más culto y honor á la antigua y nobilísima ciencia del Derecho, aquella ciencia cuyo elogio hicieron los jurisconsultos romanos al definirla: *divinarum atque humanarum rerum notitia, justit atque injusti scientia*, y cuya naturaleza social nos ha revelado, en toda su grandiosa realidad, un

* Discurso pronunciado en la Academia Matritense de Jurisprudencia y legislacion, en la sesion inaugural del curso de 1877 á 78, celebrada el 29 de Noviembre de 1877.

publicista moderno (1) al exclamar: *el derecho es la vida.*

Obligado, desde este puesto de honor á que me elevasteis sin merecimientos, á inaugurar el año académico de 1877 á 1878, discurrendo sobre algun punto interesante del Derecho, despues de confesar y lamentar sinceramente mi falta de cualidades para cumplir los graves deberes que vuestra confianza me ha impuesto, con aquel prestigio y brillantez con que han sabido hacerlo siempre los ilustres maestros y claros varones á quienes antes que á mí, y con mejor acuerdo, habeis encomendado la direccion de vuestros estudios, nada me ha parecido mejor para encubrirlo que llamar vuestra atencion *sobre la influencia de la voluntad en el derecho*, influencia profunda, trascendental y luminosa, que demuestra que los conocimientos que constituyen el valioso caudal de la ciencia jurídica, no son debidos á afortunadas adquisiciones, realizadas, aquí y allí, sin enlace ni conexión, por la labor de la historia, sino que, por el contrario, puede y deben ser considerados como lógicas deducciones y desarrollos naturales de un principio fundamental, *de una idea madre*, susceptible de ser conocida y demostrada, en la cual existen todos potencialmente contenidos *como en la semilla el árbol*, esperando el momento propicio y las condiciones externas adecuadas para germinar y crecer, para dar sombra, flores y frutos.

La voluntad, como el derecho, puede ser estudiada bajo un triple aspecto. Puede serlo como *manifestacion espontánea* de nuestro espíritu, provocando al efecto y recogiendo las afirmaciones del sentido íntimo; como *idea*, en el entendimiento, elaborándose por la razon, al reflejo de las nociones *á priori*, y como *hecho*, en la experiencia, esa buena amiga y compañera del hombre, que recoge diariamente sus actos, y unidos y clasificados se los ofrece para verificar y comprobar el valor de las intuiciones y de las teorías puras.

No voy, en los breves momentos en que me es permitido dirigiros la palabra, á profundizar, ni ménos á resolver, bajo ninguno de esos puntos de vista, las abstrusas cuestiones que la determinación de la naturaleza de la voluntad entraña. No llegan á tanto mis fuerzas, ni, aun llegando, lo consentirian las naturales dimensiones de esta oracion inaugural. Mis propósitos son más modestos. Impresionado vivamente ante las conexiones de la voluntad y el derecho, abrigo solo el de excitaros á estudiarlas, á conocerlas y á compararlas, persuadido de que cuanto más avanceis en las vias de esta fecunda, puesto que difícil, investigación, desde más cerca os ha de ser dado contemplar el ideal de la ciencia, que no es hoy ni dejará de ser nunca otro que el

(1) Lerminier.

conocimiento integral de la noción del derecho.

Desde que Descartes, en el siglo XVII, fijando su investigadora mirada en lo más íntimo de nuestro sér, formuló su célebre entimema, *yo pienso, luego soy*, abierto en roca viva el cimiento de la filosofía subjetiva, acabó en la esfera del espíritu el reinado de la autoridad; y la razon, no por accidente ni de una manera subrepticia, sino á la luz del dia y con la conciencia de su fuerza, tomó por derecho propio la direccion de los humanos destinos.

La idea de existencia no es, sin embargo, nuestra primera certidumbre. Existimos porque pensamos. Pero no pensariamos, al ménos con la reflexion necesaria para darnos cuenta de nuestras impresiones, *si no quisiéramos*. Antes, pues, que como *sér pensador*, se posee el hombre como *sér volente*.

Más si la voluntad humana es la primera clave que puede servir á la razon para descifrar el enigma del mundo interior, la voluntad divina, segun la revelacion y las creencias generales recogidas por la historia, es la causa de las causas, el principio y origen del Universo.

Dios hizo por *su voluntad* los cielos y la tierra y todo el ornamento de ellos. «Hagamos—dijo luego—al hombre á nuestra imágen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.» Así escribió Moises (1).

Obra acabada de la voluntad divina el mundo, y obra el hombre hecha á imágen y semejanza de Dios, dentro del mundo, aquella voluntad omnipotente y creadora que dió vida á la vida, tiene por ello su mejor reflejo en la voluntad humana, también creadora, aunque encerrada en los límites misteriosos en el principio de los tiempos trazados á la soberbia de sus aspiraciones.

La ley revelada y la ley racional, el mundo interior y el mundo exterior, proclaman así de consuno *la omnipotencia de la voluntad de Dios*; pero también proclaman *la potencia de la voluntad en el hombre*.

¿Cómo esa fuerza obra? ¿Es libre en sus *voliciones* el hombre, ó son estas resultados de externas influencias? La causa de nuestros actos, ¿está en nosotros ó fuera de nosotros?

Hé aquí, señores, una pregunta, en diversos términos formulada, á que no han contestado del mismo modo todas las filosofías, y á lo cual da, sin embargo, una respuesta clara, imperativa y categórica la conciencia.

Entre dos cosas, el hombre es libre para elegir una, y aun para no elegir ninguna de ellas, sino decidirse por una tercera. Los estímulos y motivos

(1) El Génesis.

exteriores, los impulsos de fuera á dentro, podrán excitar su organismo, mover sus pasiones, influir en su inteleccon, solicitar su voluntad, pero jamás hasta el punto de llegar por sí solos á dominarla.

No desconozco ni la fuerza ni la inmensa variedad y graduacion de nuestros sentimientos, ni su constante relacion con las circunstancias que nos rodean. Me complazco, por el contrario, en recordar las palabras que Balmes dedica á demostrar que su enumeracion es empresa superior á esfuerzo humano. Le aplaudo y admiro cuando exclama: «Hay momentos de calma y de tempestad, de dulzura y de acritud, de suavidad y de dureza, de valor y de cobardía, de fortaleza y de abatimiento, de entusiasmo y de desprecio, de alegría y de tristeza, de orgullo y de anonadamiento, de esperanza y de desesperacion, de paciencia y de ira, de postracion y de actividad, de expansion y de estrechez, de generosidad y de codicia, de perdon y de venganza, de indulgencia y de severidad, de placer y de malestar, de saboreo y de tedio, de gravedad y de ligereza, de elevacion y de frivolidad, de seriedad y de chiste... (1).» Pero sostengo, sin negar la infinita variedad de las disposiciones del alma, ni la inconstancia y continua movilidad de sus afectos, que sin más *que quererlo*, en ese mar sereno ó borrascoso no hay momento en que no pueda el hombre distinguir, para orientarse, la luz fija de la conciencia brillante siempre en su espíritu, como faro construido sobre granítica mole para desafiar tormentas y huracanes.

Deliberando entre el bien y el mal, el hombre adquiere á un tiempo dos íntimas certidumbres: la de que su deber es resolverse en el primer sentido, y la de que su voluntad puede, sobreponiéndose á ese deber, desbordarse en contraria direccion.

El remordimiento ineludible de la conciencia, cuando obramos en contra de lo que en ella sentimos, es prueba decisiva del señorío del espíritu sobre la voluntad, de la existencia del libre albedrío de la realidad de la responsabilidad humana, piedras angulares de la moral, de la justicia y del derecho.

¿Cuáles son los límites de la voluntad? En lo interior, ninguno; es absoluta. Queremos lo que queremos; pensamos en lo que queremos pensar, y resolvemos lo que resolver queremos.

En sus primeras exteriorizaciones, ninguna resistencia encuentra al trasformar sus voliciones en actos. Los miembros la obedecen como esclavos, respondiendo con movimientos adecuados á las resoluciones por ella creadas. Ando si quiero andar, y me paro si quiero detenerme. Entre mi querer y mi cuerpo no hay oposicion ni contrariedad. El espíritu

manda, y los miembros sirven: aquél dirige; estos ejecutan.

Los primeros obstáculos que la voluntad encuentra, vienen del mundo exterior. Con el hábito vence fácilmente los ordinarios; si crecen, aumenta la intensidad de su querer y la energía de sus movimientos, y suele tambien removerlos. Llega un momento, sin embargo, en que la fuerza resistente es mayor que la impulsiva; un momento en que el espíritu es á su vez impotente ante la materia, y entonces la voluntad, contrariada ante la evidencia de la externa limitacion, replegándose soberbia sobre sí misma, se confirma y fortalece en idea de su absoluto interno poderio, y engrandecida á sus propios ojos, sale de nuevo á lo exterior, decidida á no sufrir sin combate la oposicion que la contiene y sujeta.

Una lucha fecunda empieza entonces entre la materia y el espíritu. Poderoso Titan, la voluntad no retrocede ni descansa. Si la naturaleza para contenerle en su marcha levanta las montañas, perforándolas, penetra en sus ocultos senos y hace anunciar su triunfo por el estruendo de la locomotora; si ante sus plantas abre los abismos, tiende sobre ellos el viaducto y pasa; si le amenaza con las tormentas, con la aguja de Franklin roba el rayo á las nubes; si aleja de su vista los ástros para ocultar sus maravillas, con el telescopio se los acerca; y si separa á los hombres vertiendo entre los continentes los mares, á sus profundidades baja, y con el alambre eléctrico los une en comunicacion instantánea.

Las ciencias y las artes, el comercio y la industria, creaciones suyas tambien, secundan sus civilizadores esfuerzos, y cada verdad demostrada, invento obtenido, obra de arte ejecutada ó fuerza vencida, produce una dilatacion en la esfera de actividad donde la voluntad ejerce su imperio.

Pero si tantos y tan valiosos triunfos ha alcanzado la voluntad humana sobre el mundo exterior, no ha alcanzado uno solo en el mundo interior sobre la conciencia. Inmóvil y siempre presente en nuestro espíritu, inflexible y resistente, en ella nada labran los ímpetus de la voluntad. Nuevo Atlas, sostiene el mundo moral como el gigante de la fábula sostenia en sus hombros la bóveda del cielo.

Libre es el hombre en su querer, libre para elegir y libre para decidirse; pero con todas estas libertades, á despecho suyo, sobre sus actos forma imparcial juicio su propia conciencia, haciéndole oír sus severos pronunciamientos.

Si la voluntad se modela siempre por la conciencia, la paz reinaria entre los hombres, sin necesidad de leyes ni de jueces; y por el contrario, si la conciencia sucumbiese ante la voluntad, el interés sustituiria á la moral y las pasiones desenfrenadas entregarían la sociedad la anarquía.

(1) Balmes, *El Criterio*.

La voluntad, coexistiendo con la conciencia, ambas ilustradas por la inteligencia, obrando en sendos círculos, influyéndose, pero sin llegar á destruirse nunca, constituyen la íntima esencia del sér humano, libre y responsable, y como tal susceptible y capaz de elevarse por sí mismo hasta el conocimiento de la noción abstracta del derecho.

El *proceso* para ello no puede ser más sencillo.

Interrogando su propia conciencia, el hombre, como hemos indicado, puede llegar, por la sola fuerza de su razón, á adquirir la certidumbre de su existencia y el conocimiento de su libertad. Pero lo que no puede, al afirmar en sí su derecho á la existencia y su derecho á la libertad, es dejar de reconocer el propio derecho en los demás hombres á esa misma existencia y á esa misma libertad. De lo cual resulta que el derecho solo es *absoluto* en la humanidad. En el individuo es *limitado*.

Ahora bien; esta múltiple concurrencia de unos mismos derechos en diferentes individuos, haría imposible su ejercicio, y por lo tanto la vida social, á que el hombre por su naturaleza está llamado, sin una institución protectora, dotada de un organismo adecuado, dentro del cual pudieran realizarse las condiciones *limitativas* de todos ellos.

Esta institución es el *Estado*.

El individuo, el Estado y el derecho, no son entidades antagónicas: en la esfera de la especulación, son conceptos lógicos sucesivos y necesarios de la investigación racional á que el espíritu humano se entrega cuando aspira á darse cuenta de su naturaleza y su destino: en la esfera de la realidad, son tres grandes manifestaciones de la vida social que se resuelven en una superior y sustancial unidad.

Como todo derecho supone un deber exigible y todo deber un derecho ejercitable, la fórmula de la realización posible de los derechos y los deberes humanos—que son los derechos y deberes míos y los derechos y deberes de los demás—no puede ser una fórmula estrecha puramente individual y subjetiva, sino que debe ser una noción amplia y abstracta, comprensiva de las condiciones necesarias para que á un tiempo puedan realizarse, mediante su compenetración armónica, los derechos de todos, y exigirse también á todos el cumplimiento de sus obligaciones.

Anteriores y superiores á las leyes, hay principios de perpétua justicia, que la conciencia con reveladora energía proclama, que la moral universal confirma, que la ciencia determina, evidencia, analiza, expone y difunde.

Pero estos principios no son solo los que dan vida á los derechos individuales, sino también los inherentes á la índole y naturaleza del poder público. Hay derechos individuales, sí, anteriores y superio-

res á las leyes; pero no hay ninguno que fuera del Estado pueda realizarse, y por consecuencia, anterior ni superior á los elementos constitutivos de su organismo.

A su vez, la misión del Estado es hacer coexistir todas las libertades bajo la ley general del derecho, ó lo que es lo mismo, limitándolas solo en aquello que garantiza la libertad respectiva de todos, mediante la defensa de los atributos esenciales de los poderes públicos.

Hay, pues, una competencia perfecta en el Estado para regular el ejercicio de los derechos individuales, para limitarlos en todo cuanto tienda á menoscabar aquella fuerza que necesitan los Gobiernos para realizar su fin social; pero no la hay para restringirlos, cuanto más para abolirlos por motivos de ménos valía, por mera arbitrariedad ó capricho, ó por dejarse llevar de rencores, recelos y pánicos indignos de poderes justos y fuertes, que tienen tras de sí el apoyo de la opinión pública.

En otra ocasión (1) lo he dicho: el individuo es la *tésis*; el Estado la *antítesis*; el derecho debe ser la *síntesis*.

Suprimid uno de los términos, el Estado ó el individuo, y habreis hecho imposible el concepto del derecho. Sin el individuo no hay derecho social; sin la sociedad no hay derechos en el individuo, ó por lo ménos, todos los derechos se esterilizan, se apagan y mueren dentro de su inútil interna personalidad. El génesis y el carácter sustancial de los derechos del individuo respecto de la sociedad, y de los derechos de la sociedad respecto del individuo, vienen á reducirse al derecho comun de penetrarse y de existir fundidos, prestándose auxilio mutuo, hasta alcanzar el completo desarrollo de sus fines racionales. Por eso el primero de todos los derechos del individuo respecto del Estado, es el derecho á la justicia distributiva. Por eso el derecho á realizar esa propia justicia entre los individuos, es también el primario de los derechos del Estado.

Sin el Estado, ¿qué es el individuo? Un sér sin relaciones, sin derechos, sin obligaciones, sin libertad. Como la inteligencia no concibe al hombre físico sino dentro del espacio, así el derecho no concibe al hombre moral sino dentro del Estado. Porque el Estado y el hombre y el hombre y el Estado, son para el derecho una propia entidad, un mismo organismo estudiado bajo dos diversos aspectos. Así, toda filosofía, toda doctrina, toda ciencia que tienda á realizar un divorcio entre ellos, que trate de presentarlos uno enfrente de otro, ostentando derechos é intereses opuestos é inconciliables, es una funesta filosofía ó una falsa ciencia.

Centro donde se alcanzan las armonías de la liber-

(1) El Código penal de 1870 concordado y comentado.

tad, donde se concilian las antinomias individuales, lazo de relacion de todas las voluntades encontradas y de todos los intereses divergentes, necesita el Estado atributos y medios, autoridad y fuerza para impedir que contra su derecho prevalezcan las rebeldías individuales ó los apremios de las muchedumbres.

De aquí la necesidad de la ley que, como expresion de la voluntad general, da la medida y es la norma de los derechos protegidos por el Estado.

Su aparicion en la historia no fué, empero, efecto de ninguna funcion pública. La primera vez que dos hombres se reunieron y celebraron un pacto, crearon una regla á que sujetaron, limitándolos, sus respectivos derechos. La ley del contrato, producto espontáneo de la voluntad individual, debió, pues, ser la expresion originaria del Derecho positivo.

Esta fórmula fué pronto insuficiente. El contrato no puede abarcar todos los grandiosos fines del Derecho. Donde las voluntades no se anticipan á conciliar por sí los derechos de los particulares, que es en la mayor parte de los casos, el Estado debe intervenir y la ley pública hablar.

¿Cómo? No de un modo dictatorial y arbitrario, sino inspirándose en el concepto que toda generacion se forma del derecho y que la ciencia determina, autoriza y expone en cada momento histórico; no destruyendo, sino conciliando los derechos individuales; haciendo reinar, como ha dicho Tissot, la libertad por el orden y el orden por la libertad; ó lo que es igual, el uno y la otra por la justicia (1).

El derecho positivo debe ser expresion del *derecho en sí*. El jurisconsulto debe preparar el camino al legislador: el libro preceder al Código. Cuando los términos se invierten, cuando ántes que una idea haya dominado las inteligencias en forma de doctrina, hay empeño en hacerla prevalecer como precepto en la sociedad, los mejores propósitos se frustran, y como consecuencia viene el desprestigio de la legislacion.

Ni siquiera en la eleccion de los medios el legislador es árbitro de desentenderse de las limitaciones que la ciencia á su iniciativa impone.

Así, los derechos que por su índole están suficientemente amparados por los ordinarios recursos que el Derecho civil ofrece, no puede protegerlos por la sancion extraordinaria de la ley penal. Porque el Derecho civil y el penal tienen su materia propia y campos distintos para su desarrollo.

La influencia de la voluntad es grande en uno y en otro, como en todos los ramos del derecho; pero es diversa.

En el Derecho público, unas veces da origen y

otras autoridad á las instituciones, organiza los poderes, establece las magistraturas y es base de las libertades políticas.

La voluntad ha creado la asociacion, que ha realizado ó ha intervenido en la mayor parte de las maravillas de la historia: la asociacion, que ha hecho del hombre el ciudadano, de la tribu el pueblo, de los pueblos las naciones; que ha cobijado á los sacerdotes egipcios bajo las moles de Menfis, para conservar, ocultándolo como un tesoro, el antiguo saber, y que ha reunido, para difundirlo, en las plazas de la Grecia y en sus clásicos templos á los filósofos y á los artistas; que ha llevado al foro al ciudadano romano, y ha sentado al sabio en la Academia; que ha contenido la fuerza invasora del espíritu individual germano con la fuerza no ménos poderosa de las grandes instituciones colectivas de la Edad media; que ha reunido á los prelados en los Concilios nacionales, á los hombres libres en los Concejos, á los religiosos en los claustros, á los comerciantes y á los obreros en los gremios, á los amantes del saber en las Universidades, y al clero, á la nobleza y al pueblo en las Córtes; que ha contribuido á la emancipacion del espíritu humano, dando en nuestros dias fuerzas de gigante á la industria y al comercio, nueva vida á las ciencias y á las artes, y tal impulso á la caridad y á la beneficencia, que ya no hay lugar á que no lleguen, lágrimas que no enjuguen, herida que no cicatricen, ni desgracia que no reparen.

En el Derecho civil la voluntad forma la familia por medio del matrimonio, y la conserva, subordinando la esposa al marido y sujetando los hijos á la autoridad del padre; perfecciona los principales contratos, es fuente de las obligaciones, raiz de las acciones personales, y se hace obedecer por el testamento de las generaciones futuras.

La ley, ¿es oscura? Pues se esclarece investigando en qué sentido se determinó la *voluntad* que la dió vida. ¿Es incompleta? Pues la *voluntad* presunta del legislador suple su silencio. ¿Está en contradiccion con otra? Pues prevalecerá la posterior, porque se partirá del principio de que la *voluntad* implícita del poder legislativo al dictarla fué derogar cuanto á su genuino sentido se opusiera.

En el Derecho penal su influencia es más dramática.

Como la ley penal está escrita dentro de la ley moral, entraña el delito dos rebeliones siempre: la rebelion de la voluntad humana contra la voluntad divina, reflejada en la conciencia; y la rebelion de la voluntad individual contra la voluntad general, de que es expresion el Derecho positivo.

Dos expiaciones reclaman con imperio estas dos agresiones: la expiacion del remordimiento en la conciencia, y la de la *pena* en la sociedad.

(1) Le Droit pénal étudié dans ses principes, dans les usages et les lois des différents peuples du monde.

No es, pues, la voluntad solo elemento integrante del delito, dato influyente en la agravacion, atenuacion ó exencion de la responsabilidad criminal; es tambien medida de la graduacion de los castigos. Estos debèn crecer á compás que aumente la intensidad de la voluntad delincuente.

En el Derecho penal, la intencion y la voluntad no son cosas idénticas. Aquella se refiere á la accion; ésta al resultado de la accion. La intencion es más que la simple voluntad, porque es la determinacion de la voluntad en órden á algun fin. Así se explica que para que haya delito sea necesario siempre que la accion que lo produzca sea voluntaria; pero no que el daño causado sea siempre intencional.

Ve un hombre venir á su enemigo y dispara contra él un arma de fuego; le hiere ó mata. La relacion entre la voluntad que dió impulso á la accion, y el resultado de la accion, es perfecta: por eso el delito es intencional.—Pero no pasan así las cosas: el tiro es disparado en medio de una calle, sin dirigirlo contra nadie; una persona cae, sin embargo, herida ó muerta. ¿No habrá nada aquí que castigar?

Ciertamente que sí. Desde luego la accion que el daño produjo fué voluntaria, ó lo que es lo mismo, ejecutada con libertad y con inteligencia. Arbitro fué el agente de hacer ó de no hacer fuego; y concedor además de los efectos del arma de que hizo uso, debió prever las consecuencias probables ó posibles de su temeridad. Lo que no quiso no fué la accion, sino el resultado de la accion, esto es, la muerte de un hombre. Lo que no tuvo fué intencion, pero sí voluntad.

Hijos del dolo, producto de malos propósitos, consecuencia de la direccion que la voluntad dió á la accion para conseguir el fin obtenido, y por la ley reprobado, los delitos intencionales son más graves y deben ser con mayor energía reprimidos que los no intencionales, fruto de la imprudencia y la culpa, resultado de actos ejecutados libremente, sí, pero sin que entre el daño y la voluntad, que dió origen á la accion que lo produjo, exista conexión directa.

Aunque predominante en los libros y en los Códigos la teoría á que acabamos de aludir, que hace de la pena *un fin*, contra ella ha levantado su voz la escuela correccionalista, negando á la pena su carácter expiatorio, y sustentando á su vez que es solo *un medio* de conciliar con el derecho las voluntades determinadas injustamente.

No debemos extrañarlo. Desde que una corriente filosófica, en su afan de originalidad, llegó hasta negar á la voluntad la fuerza necesaria para determinarse por sí misma, el eco de esta funesta doctrina, que conduce á gran velocidad al más desconsolador de los pesimismos, era poco ménos que imposible que dejara de resonar en el Derecho. Como el efecto surge de la causa y la consecuencia

del principio, así la teoría de la correccionalidad ha brotado del fondo del *determinismo*.

Si el hombre no es causa de sus *voliciones*; si estas son efectos necesarios de externos estímulos; si, en una palabra, el libre albedrío no existe, el delito no es una rebelion de la voluntad contra la ley moral y la ley escrita, sino el natural efecto del empuje irresistible de las pasiones sobre una voluntad flaca ó enferma.

Atrás la pena de muerte, atrás las penas aflictivas y todo castigo expiatorio. Ante el crimen, la sociedad no tiene derechos. El delincuente es un enfermo de la voluntad; tiene derecho á la pena, y la reclama como el doliente el remedio.

Todo apremio ó sufrimiento que no sea puramente el medio racionalmente necesario para ayudar á la voluntad determinada injustamente á ordenarse por sí misma, en cuanto la desarmonía que nace de su desórden perturba la armonía de todo el organismo social, es ilegítimo y atentatorio.

Reconciliada la voluntad con el derecho mediante el arrepentimiento, la justicia de toda pena concluye. Curada la enfermedad, ¿á qué el remedio? Ni en el legislador hay derecho para determinar *a priori* las penas, ni en el juez para fijar su carácter y su duracion en fallos; porque su efecto—como el de los medicamentos—solo puede conocerse con seguridad por su ensayo y experiencia, conforme á cuyo resultado debe entónces disminuirse ó aumentarse.

Así discurre el *correccionalismo*. Apresurémonos á protestar contra semejantes delirios.

Ni el delito es una enfermedad, ni la pena un remedio, ni hay para qué convertir las cárceles y presidios en hospitales y escuelas.

La correccion del delincuente es de desear y debe eficazmente procurarse; pero no es el fin único de ja justicia, ni siquiera su fin principal, sino un fin subordinado á otros, cuya trascendental importancia pone de relieve el estudio racional del delito y de la pena.

Ante el crimen, estallando en la sociedad con sus mayores horrores, una escuela que no siente está juzgada.

Levanta un malvado su armado brazo contra una mujer indefensa, y una conmocion profunda embarga los ánimos de cuantas personas contemplan tan conmovedora escena. Descarga el golpe sobre la víctima, y el horror reemplaza á la ansiedad y al asombro.

La conciencia individual indignada y el sentimiento público alarmado claman contra el asesino. Todos se interesan por la persona inmolada, todos quieren apoderarse del agresor, todos proclaman la necesidad de que tanta perversidad no quede sin castigo... Todo esto, sin embargo, para los correc-

cionalistas acusa un sentimiento falso, todo está en oposicion con la índole de la pena y con el carácter de la justicia. El único interés social que surge de aquel sangriento drama estriba en reconciliar al delincuente con el derecho, en curar su voluntad enferma. Para la víctima no hay ni una mano protectora, ni una palabra de consuelo; para la sociedad escandalizada, ninguna fórmula de reparacion; para el orden público brutalmente atropellado, ninguna defensa; para la moral escarnecida, ninguna expiacion.

Si, como soberbiamente proclaman sus adeptos, fuera realmente este el derecho penal del porvenir, ¡triste porvenir sería el reservado á nuestros hijos!

Pero no, semejante utopia no prevalecerá. El Derecho penal es perfectible; nuevos sistemas y nuevas teorías vendrán incesantemente á ensanchar los horizontes de la ciencia; pero puede asegurarse que ninguno llegará á encarnar en las instituciones ni dejará huella profunda en la Historia, sino está calcado en el reconocimiento incondicional del libre albedrío, base perdurable de toda responsabilidad.

A despecho de esas enervantes teorías que consideran la pena como *un medio* de enmienda y no como *un fin* de justicia; á despecho de esa falsa filantropía que en todo culpable halla un enfermo á quien hay que curar, ó un niño á quien hay que educar; á despecho de ese romanticismo social, más funesto que el romanticismo literario, que en todo criminal no ve sino un hombre arrebatado por el impulso irresistible de sus pasiones, ó á un sér que luchando ha sido vencido por su fatal destino, Cain será para las generaciones venideras, como lo ha sido para las generaciones pasadas, el tipo perenne del delincuente.

Cain, contra el cual la justicia divina se levanta y dice: «¿Qué has hecho? ¿En dónde está tu hermano?—Maldito serás y vagabundo y fugitivo sobre la tierra;» Cain, de cuya voluntad soberbia y fiera índole triunfa su propia conciencia haciéndole gritar: «Mi iniquidad es muy grande... me esconderé y seré fugitivo y vagabundo en la tierra, porque el que me hallare me matará;» Cain, contra el cual, desde la tierra que le recibió, clamó á Dios la voz de la sangre de su hermano.

Pero estoy abusando de vuestra benevolencia, y ya es hora de dar término á este desaliñado discurso, realizado como queda mi propósito, que, segun os dije al comenzarlo, no ha sido otro que llamar vuestra atencion sobre las relaciones de la voluntad y el derecho.

No soy de aquellos que tienen siempre en el corazón y en los labios las melancólicas palabras de Jorge Manrique:

Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,

ni ménos soy de los que, cuando miran al porvenir, ven siempre ante sus ojos horizontes cerrados y ante sus piés abismos abiertos; pero tendria que hacer traicion á mi conciencia para negar que en el seno de la sociedad en que vivimos hay un malestar profundo y una intranquilidad alarmante, de que es preciso salir pronto si queremos evitar la decadencia que nos anuncian. ¿Sabeis cuál es la causa de ese malestar y de esa intranquilidad? Pues no es otra, á mi juicio, que la relajacion de la disciplina de los deberes.

A vosotros, señores Académicos, que, aleccionados con ajenas desventuras sin que las propias hayan apagado ni marchitado vuestras esperanzas, avanzais confiados por el camino de la vida, libres todavía del contagio, llena la mente de luminosas ideas y el corazón de generosas ambiciones; á vosotros, representantes de una juventud á que aguardan ya impacientes la prensa y la cátedra, el foro y la tribuna; á vosotros, la mejor esperanza de la patria... á vosotros toca y corresponde en primer término encauzar los intereses y las pasiones, poner remedio al mal, *cauterizar la llaga*, reconstituyendo la responsabilidad moral sobre las nociones éticas de la voluntad y de la conciencia, de la justicia y del derecho.

Grande y difícil es la empresa; pero no superior á las energías de la voluntad. *Quererla bien*, y el éxito coronará vuestros esfuerzos. El pasado os responde del porvenir. La historia es un drama cuyo protagonista es el hombre, cuyo teatro es el mundo, cuyo asunto es el progreso.

ALEJANDRO GROIZARD.

LOS SUCESOSES DE ALBERTO DURERO Y LÚCAS CRANACH.

Como sucesores de Alberto Durero, el maestro que en el precioso don de la invencion rivaliza con Rafael, y que en la facilidad de sus producciones se aproxima á Rubens, mientras en la universalidad del espíritu se acerca á los Vinci y Miguel Angel, llamaremos á *Juan de Kulmbach*, el excelente retratista y pintor de la lindísima tabla de Tucher que se halla en la iglesia de San Sebald de Nuremberg, distinguiéndose por el calor y la naturalidad del colorido propios de su primer maestro Jacobo de Barbari; al laborioso *Juan Schüuffelein*, que no fué sino el eco del gran Durero; al famoso retratista y



grabador *Bartel Beham*, cuyos lienzos religiosos los guarda en gran parte la galería del Príncipe de Fürstenberg en Donaueschingen; á *Sebaldo Beham*, el dibujante genial, el excelente grabador, el maestro humorístico que, pintando la vida de los campesinos en sus bailes y en las tabernas, se hizo el precursor de los Brueghel, Brouwer, Ostade y Teniers; al ingenioso arquitecto, pintor y grabador *Alberto Altdorfer*, que empezó á cultivar la pintura de países; á *Jorge Penz*, y al hijo y ciudadano de Soesty, apasionado de la Reforma, *Burique Aldegrever*, que como grabador en cobre debió á Durero la energía y el vigor, y como pintor de lienzos religiosos tiene también algo del espíritu de éste, y sobre todo á *Juan Baldung Grien*.

Este, que tenía por patria á Gmünd (Suabia), donde nació hácia el año 1476, siendo llamado *Grien*, probablemente á causa de su afición al color verde, que se llama en alemán *grün*, es considerado como el más productivo y distinguido dibujante alemán después de Durero y de Holbein, y como el pintor á quien se debe quizás la más grandiosa pintura religiosa de la Alemania del siglo XVI, á saber: los once cuadros de gran tamaño que forman el altar mayor de la catedral de Friburgo. En sus primeras producciones, las alas del altar de la capilla fúnebre del monasterio de Lichtenthal cerca de Baden, representando la Asunción de María Egipciaca, el martirio de Santa Ursula, y en las partes exteriores seis santas, imitó á Martin Schongauer, y á principios del siglo XVI parece haber entrado en relaciones con Durero, á quien imitó después; lo mismo que en el retablo de Friburgo, que llevó á cabo en 1516, trataba de imitar los singulares efectos pictóricos que *Matias Grünewald de Aschaffenburg* alcanzó cual Correggio alemán por su mágico claro oscuro. No obstante aquellas imitaciones, supo guardar su originalidad, merced á la riqueza peregrina de su fantasía con que ilustraba los escritos de Geiler de Kaisersberg, y con que creaba ora idilios tan encantadores como la Virgen rodeada de ángeles en un paisaje parecido á los de Alsacia, ora las escenas más patéticas y aquella copia de dibujos que se ven en los Museos de Berlín, Basilea, Lóndres y Florencia, en Copenhague y Karlsruhe y en la Albertina de Viena.

Juan Baldung aparece en 1509 cual ciudadano de Strasburgo, y recibió el encargo en 1511 de pintar el altar mayor de la catedral de Friburgo. El lienzo medio representa la Coronación de la Virgen por Dios Padre y Cristo, las alas ostentan los Apóstoles, figuras grandiosas recordando las de Durero. En las partes exteriores se hallan cuatro escenas de la historia de María, entre las cuales merece la palma por su efecto poético la huida á Egipto, mostrándonos dulcísimos angelitos que están meciéndose en

una palmera inclinada hácia la Virgen y Jesus, mientras uno de ellos desciende para ofrecer frutos al Niño. Los reversos de las alas exteriores ostentan dos de santos. Después de terminados estos cuadros en Friburgo, volvió á Strasburgo, y en 1545, es decir, en el mismo año en que fué elegido senador de aquella población, falleció.

Mientras la mayoría de los críticos coloca á *Juan Baldung Grien* á una altura tan envidiable, posponiéndole sólo á Durero y á Holbein, el pueblo alemán ha reservado aquel lugar privilegiado para *Lúcas Cranach*, cuyo tecnicismo se acerca al de la escuela de Nuremberg; y ya que no consiga yo que la católica nación española, la nación de los que aún hace poco acudieron á Roma en mística peregrinación, de los que doblaron la frente ante la presencia augusta del Santo Padre, de los que admiraron su evangélica unción bajo las bóvedas del Vaticano, ame al prohombre artista de la Reforma, que no sólo trasladó al lienzo las doctrinas de Lutero, sino que le ayudó también en lanzar sus sátiras contra el Papado, mostrándonos en sus láminas en madera al Sublime Mártir coronado con espinas, mientras su Vicario está coronado con la tiara, conseguiré sin duda que todos le aprecien por sus dotes personales, por su pasmosa diligencia, por su lealtad para con su príncipe.

Las creaciones del severo y profundo Durero eran casi todas hijas de una inspiración puramente artística, y los rizos larguísimos del artista parecían cerrar su oído á las voces del mundo exterior, mientras el carrilludo Lúcas, el maestro tan vivo, tan alegre, tan humorístico, el hombre práctico y viril, el de la barba poderosa, de la frente libre y de los ojos prudentes que no se sumergían soñadores en lo lejano y en lo más allá, sino que se fijaban en lo actual, era un artista en que prevalecía la actividad de la mente, una naturaleza formada de materia más grosera, una naturaleza de hierro semejante á los Lutero y Sickingen, mereciendo por su vena popular, por su contemplación candorosa, por su humor propio de aquel tiempo y de las canciones populares el título de el *Juan Sachs de la pintura*.

El acomodado Lúcas Cranach era á la vez maestro en el arte de su Santo, grabador en cobre y en madera, poseedor de una botica, de una librería y de una imprenta, burgomaestre de Wittenberg y consejero y favorito de tres soberanos suyos, los electores de Sajonia Federico el Sabio, Juan el Constante y Juan Federico el Magnánimo. Salieron de su estudio multitud de retratos de dichos electores y de los reformadores, pero la garantía de su inmortalidad es el retrato de su amigo íntimo Lutero, que se guarda en casa de un particular de Augsburgo. Y aunque aquel retrato respire el espíritu de fuego de Lutero, sentimos no tener un monumento verdadero

de aquel tiempo en un retrato del reformador, pintado por el que pudiera decirse que sabía pintar las almas, Alberto Durero. Pues ¡qué diferencia tan grande existe entre el grabado que éste hizo de Melanchthon retratando su dignidad ética y su grandeza espiritual, y el grabado que tiene por autor á Lúcas Cranach!

Es una lástima que éste, cuyos paisajes son tan encantadores y cuyo colorido es tan florido y claro, sin que haya sido siempre armónico, no hubiese podido evitar en sus retratos el mal dibujo de los ojos que, colocados en posición oblicua, hacen un efecto chino.

Lúcas, que se llamaba Sunder, debe su nombre de *Cranach* á la ciudad de *Kronach*, situada en la diócesis de Bamberg (Franconia). Vió la luz en 1472, debiendo sus primeros rudimentos en el arte á su padre. Pero no puede hablarse de un desarrollo artístico en el que durante cincuenta años era casi siempre el mismo, así en sus virtudes como en sus defectos. Granjeóse por su arte, su cultura, su amabilidad y su carácter la consideración y el afecto del elector Federico el Sabio, que en 1505 le llamó desde Gotha, donde el artista había contraído matrimonio, á Wittenberg, dándole una pensión, y le hizo noble en 1508. El año siguiente le mandó á los Países-Bajos, donde, como dice una anécdota referida por Cristóbal Scheurl, amigo de Cranach, se daba á conocer desde el primer momento como pintor distinguido, dibujando en la pared de su fonda el retrato del emperador Maximiliano con un carbon que tomó de un brasero. Pintó entónces también al niño que despues, bajo el nombre de Carlos V, fué emperador de Alemania. Con el mismo acierto con que retrataba á los hombres, pintaba á los animales; aunque no diremos que cual retratista haya rayado á la altura de Holbein, y cual autor de pinturas de caza haya igualado á los Snyders y Potter. Causa placer ver sus lienzos mitológicos llenos de candidez fantástica, como su *Juicio de París*, y sus grabados encantadores, por ejemplo, aquella Virgen llevando en brazos la prenda de su amor y gozando bajo el tronco de una encina un momento de reposo en su penosa ruta á Egipto; y gracia tienen también algunas composiciones religiosas que hizo ántes de la Reforma, como su Virgen en la iglesia parroquial de San Jacobo de Innsbruck. Granjeóse el favor del elector de Maguncia, Alberto de Brandemburgo, y del elector de Brandemburgo, para el cual pintó varios lienzos. Fué burgomaestre de Wittenberg desde 1537 á 1544, y cuando su soberano Juan Federico el Magnánimo, que cayó prisionero en la batalla de Mühlberg, expresaba dos años despues el deseo de tener por compañero á su querido Cranach, el anciano artista le siguió en 1550 al cautiverio, hasta que en 1552 sonó para entrambos la hora ansiada

de la liberación. El que pintó á Ticiano alcanzó también la senectud del gran pintor veneciano; y como desde el año de 1518 empezaba á poner su arte al servicio de la Reforma y continuaba despues pintando algunos cuadros simbólicos en los cuales representaba el axioma fundamental de la Iglesia evangélica de que la bienaventuranza no se consigue por las buenas obras, sino por la fe, concluyó también su carrera artística cual intérprete de las doctrinas de la Reforma con su obra maestra, el retablo de la iglesia parroquial de Weimar, que representa la muerte de Jesus. Estaba aún pintando aquel cuadro lleno de vigor singular, cuando le sorprendió la muerte el 16 de Octubre de 1553. Las alas del cuadro las llevó á cabo en 1555 su hijo, es decir, Lúcas Cranach, el menor, siendo menor también respecto al talento.

El epitafio de la lápida erigida á *Lúcas Cranach*, el mayor por los hijos del elector Juan Federico el Magnánimo, le llamó «pintor celerrimus,» el pintor que trabajaba como al vuelo, pero «pintor celebrimus» le llama el pueblo, viendo en él el representante fiel de su sentimiento.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 1.º de Marzo de 1877.

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON MANUEL DE LA REVILLA.

Hé aquí que el Sr. Revilla surge ante mis ojos y ya adopta la figura más graciosa para ser retratado. No le hagamos esperar; tiene fama de impaciente, y pudiera marcharse dejando á mis lectores defraudados, y á mí corrido y boquiabierto con la pluma tras la oreja.

Todo el mundo ha puesto las manos sobre el señor Revilla. Y por si estas metafóricas manos le hacen cosquillas, me apresuro á explicar el tropo diciendo que el Sr. Revilla ha dado ya mucho que decir en el curso de su vida. Yo mismo, que soy una especialidad en no decir nada, sobre todo cuando no me preguntan, confieso que he murmurado de este orador un poco, en cierto número de *La Política*, que no recuerdo en qué mes ni en qué año vió la luz. Algo de lo que entónces dije habré de repetir ahora; mas no será muy poco lo que necesite callar, pues la fisonomía moral, como la física, sufre por virtud de los años grande y atendible mudanza.

Al hablar del Sr. Revilla, juzgo necesario despojarme de aquella simpatía personal que pudiera conducirme á un entusiasmo sobrado ruidoso, para manifestar, con toda imparcialidad, mi serio y leal

entender sobre su persona. Ninguna prueba más clara de aprecio puede darse á un grande espíritu que presentar sus defectos al lado de los méritos que lo realzan. Porque de esta suerte asegura su reputacion contra la malevolencia, y la guarda tambien de una vil y funesta lisonja.

Una de las cualidades que la opinion se empeña en señalar con más insistencia al carácter de nuestro orador, es la de ser profundamente escéptico. Sobre tal escepticismo, fuerza es que discurremos brevemente. El Sr. Revilla no es un escéptico de pura sangre, de aquellos que salen al mundo haciendo muecas al cura que los bautiza y lo dejan con una helada sonrisa de desden; almas provistas de concha como la tortuga, en las cuales el sol de la religion no consigue hacer entrar sus rayos, ni el amor humano logra introducir su elixir de vida. No; el Sr. Revilla es un escéptico de ayer, un escéptico novicio, y por eso incurre en todas las imprudencias y sinrazones del neófito. Más que escéptico, es un creyente avergonzado, que perdió su fe en la verdad porque la halló ridícula. Si la verdad se ostentase siempre bella ó fuese de buen tono, como ahora se dice, nunca dejaría de contar al señor Revilla entre sus adeptos. Mas aquella afecta en ocasiones formas rudas y desgraciadas, y el señor Revilla ama demasiado á la estética para consentir en privarse, ni por un instante, de sus tiernos halagos. De aquí que se preocupe más por seguir con escrupulosa exactitud los vaivenes de la moda en el mundo científico que de aquilatar con paciencia la verdad ó el error de cada nueva teoría. Su inteligencia, un tanto impresionable, le arrastra todos los dias por distintos y peregrinos senderos. Y hago observar que así como el escepticismo corriente se caracteriza por no creer nada, el del señor Revilla, más original, consiste en creerlo todo por etapas. Su viajero pensamiento se columpia como una oropéndola y discurre con increíble agilidad por todos los sistemas religiosos ó sociales, haciendo noche fatigado en los yermos de la duda. ¡La duda! La duda no es para el Sr. Revilla la llave de la sabiduría, sino una deidad misteriosa é incitante á quien su confundido entendimiento rinde fervoroso culto.

No soy de los que creen en la absoluta necesidad de afiliarse á una secta filosófica ó política; pero sí abrigo la conviccion de que urge para todo pensador el crearse un sistema de verdades, sin el cual pensamiento y conducta marcharán siempre vacilantes. Por lo mismo no reprocho al Sr. Revilla sus geniales deserciones, sus transacciones ó sus intransigencias; lo que me atrevo á censurar con todas mis fuerzas es que por mostrar discreción, ó á guisa de solaz, haga frente á cada escuela con las doctrinas de su contraria, sin que alcance á reca-

bar de estos conflictos su poderosa inteligencia otra conclusion que la que deducen los espíritus vulgares del choque de los sistemas, esto es, que todos por igual son falsos y mentidos.

Mas dejemos al Sr. Revilla, filósofo, entregado á las enervantes caricias de la duda, y salgamos del océano amargo de la censura para entrar en las dulces aguas del aplauso. El Sr. Revilla podrá no ser un filósofo, y de hecho le falta mucho para serlo, pero es fuerza convenir en que tiene bastante para ser uno de los entendimientos más privilegiados que hoy posee nuestra patria. Es uno de esos talentos insinuantes y serenos á propósito para sortear los escollos de la vida, porque al modo de ciertos metales, es dúctil y maleable. No quiero decir con esto que carezca de vigor, pero es más audaz que vigoroso. Se ofrece como uno de esos hombres que nadie sabe de dónde vienen ni á dónde van, pero que todo el mundo conoce perfectamente dónde se les encuentra. Vive en la polémica, en la incesante batalla que tienen trabada las escuelas, y lucha, ya de un lado, ya de otro, con una ó con otra enseña, porque

«sus arreos son las armas,
su descanso el pelear.»

esgrimiendo la lengua con aquel denuedo y bizarria con que el invicto Orlando daba vueltas á su luciente espada.

En la polémica es donde el Sr. Revilla pone de manifiesto lo perspicuo y lo flexible de su ingenio. Por abstrusa que la cuestion parezca, ó por lejana que se encuentre de su recto camino (y cuenta que en el Ateneo las cuestiones son bastante dadas á irse por los cerros de Úbeda), así que el Sr. Revilla se apodera de ella, se esclarece y depura cual si entrara en un poderoso crisol. Conviene advertir, no obstante, que el Sr. Revilla ve con asombrosa claridad los aspectos más capitales de todo asunto, pero acostumbra á dejar en lamentable abandono los detalles. Tratándose de problemas sociales ó religiosos, éste lógico porte ántes parece plausible que vicioso, porque la vaguedad con que las más de las veces se plantean, lo reclama; mas en achaques de arte suelen jugar los detalles un papel principalísimo, alumbrando ú oscureciendo el pensamiento generador de la obra. De aquí que el Sr. Revilla, como crítico, no tenga á mi juicio aquel puro sentido artístico que en vano se busca en los tratados de Estética, porque sólo reside en una naturaleza fina y exquisita, socorrida por una larga y atenta contemplacion de obras artísticas. En una palabra, creo que el Sr. Revilla no tanto posee el sentido como la ciencia del arte.

Pero es ya tiempo de estudiar sus condiciones de orador. Todos los reproches y censuras que como

pensador pueden dirigirse al Sr. Revilla, deben cesar al tiempo mismo que como orador se le considera. No le dotó Dios de aquel sublime calor que enrojece el pensamiento del Sr. Moreno Nieto, merced al cual se consigue inspirar y apasionar al auditorio; pero concedióle el don señalado de dominar absoluta é incondicionalmente la palabra. Esta responde siempre con escrupulosa exactitud á los más ligeros choques del pensamiento, y camina con gran desembarazo por sus pliegues más profundos. La inteligencia es viva, y ejercita las transiciones repentinas con una facilidad que maravilla. Parece que el orador jamás se encuentra dominado por un pensamiento único que le dirija y avasalle, sino que todos los evocados por su mente se le presentan con la misma pureza en las líneas y la misma intensidad en los colores. Esto me hace presumir que el Sr. Revilla mantendría con la misma soltura el pro y el contra en todas las cuestiones.

Maneja la ironía con buen éxito, y á esta arma debe muchos de sus triunfos. Tiene gran perspicacia y ve la situación de un solo golpe, hiriendo con firmeza á su adversario en los sitios vulnerables, pero haciendo resbalar con sutileza el cuerpo cuando se siente cogido entre sus brazos.

Recuerdo que en una ocasion cierto ministro, al entrar en la Cámara, contestó satisfactoriamente á una compleja interpelacion que no habia oído, ganando por esto y otras cosas semejantes fama de diestro.

Pues bien; el Sr. Revilla, tratándose de ciencia (que es algo más fragil y delicado que la política), sabe contestar con brillantez las cuestiones que no ha estudiado ni pensado previamente. Es tan formidable improvisador de teorías como el P. Sanchez de citas. Solicitado el pensamiento á la continua por una fantasía inquieta y afilada, trabaja con brío durante la peroracion, y cuando llega el momento de reposo, presumo que muy quedo le dirá: «Tambien por esta vez te he sacado del aprieto.»

Quiero confesar, no obstante, que aunque el señor Revilla me produce con sus discursos placeres sin cuento, no deja de causarme de vez en cuando algun serio disgusto. Yo le escucho con placer siempre que defiende cualquiera de las fases de la moderna cultura; mas cuando asendereado y fugitivo acude á guarecerse bajo la égida de los respetables defensores de la tradicion para condenar lo que entonces llama por mayor desprecio *volterianismo*; esto es, cuando arranca de sus sienes el laurel de la democracia para ceñirlas, siquiera sea por breve instante; con el sombrero de teja, entonces blasfema el Sr. Revilla. Amamantado por una escuela que sostiene cual ninguna la libre indagacion de la verdad, y sin más instruccion que la que bebiera en las corrientes del movimiento intelectual contemporá-

neo, no será jamás baluarte del pasado, sino su más terrible demoleedor. Si el Sr. Revilla quiere creermelo, y juzgo hacerle un favor suministrándole la idea, debe renunciar cuanto más ántes á esos aires de recelosa anbigüedad que lo sofocan, y conceder libre curso á su genial oratoria, la cual jamás podrá vivir en otro ambiente que en el del racionalismo crítico.

No es en la entonacion ardiente, como el señor Moreno Nieto, sino grave é insinuante. La diction es correctá, y repito que la maneja por entero á su talante. El ademan noble y circunspecto, aunque deja traslucir un poco al pedagogo.

ARMANDO PALACIOS VALDÉS.

EN LA TEMPRANA MUERTE DE ***

Se alejó de este valle de amargura,
Huyendo las miserias de este suelo,
Do sintió palpar en su alma pura
La nostalgia del Cielo.

Espíritu gentil, flor delicada,
Vivió léjos del mundo y sus pasiones
Entre ideales sueños arrullada
Por mágicas canciones.

Y aunque ajena á los duelos de la vida,
Llevaba como un velo de tristeza,
Que al matizar la sien descolorida
Realzaba su belleza.

Belleza de un contraste indescriptible:
La palidez del mármol en la frente;
Algo del lirio en el perfil movable
Del labio sonriente;

En la mejilla de color de cera
Como el fulgor de intensa llamarada,
Cual si tenaz la vida allí estuviera
Con la muerte abrazada.

Cuando vagaba su mirada ansiosa,
Del espacio perdida en lo profundo,
Brillaba en su pupila luminosa
Algo del otro mundo.

Algo afanoso, triste, suplicante;
Y era que el desterrado peregrino
Contemplaba la patria aún muy distante,
Rendido en el camino.

Pero el Sumo Hacedor tendió la mano,
Y convirtiése en polvo lo terreno,
Y tornó lo inmortal al Soberano,
Y se abismó en su seno.

¡Dichosa tú, mujer! ¡Oh! ¡quién pudiera
Beber de ese raudal de eterna vida,
Que sana y purifica y regenera
El alma dolorida!

Remontar como tú quisiera el vuelo,
Dejando en pos de mí la noche oscura,
La duda impía, el angustioso duelo,
La escéptica amargura;

Y libre de este polvo deleznable,
Pura como la nieve la conciencia,
Bañarme en el destello inagotable
De la Divina esencia.

ALFREDO FLOREZ Y GONZALEZ.